

Caja 454 CF 2452
41-2286

GENTE MENUDA

(ROMANCES INFANTILES)

POR

MANUEL OSSORIO Y BERNARD



MADRID

MANUEL MINUESA DE LOS RÍOS, IMPRESOR

Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

1891



Page 542-12087

GENTE MENUDA

GENTE MENUDA

(ROMANCES INFANTILES)

POR

MANUEL OSSORIO Y BERNARD



MADRID

MANUEL MINUESA DE LOS RÍOS, IMPRESOR

Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

1891

Entre burlas y entre veras,
ya festivos ó ya graves;
didácticos pocas veces,
pero en su esencia morales,
para uso de los muchachos
escribí treinta romances,
cual ellos mismos pudieran
hacerlos, de retratarse.
Si acerté cuando los hice,
dígalo el lector amable:
yo á su fallo me someto
desde luego, sin quejarme.
Mi intención ha sido buena;
pero *humanum est errare*,
ó, lo que es igual, no siempre
lo que uno piensa le sale.
Sí con mis versos consigo

que los niños malos cambien,
y que el holgazán estudie,
vaya el novillero á clase,
el embustero no mienta,
honren todos á sus padres,
y no fumen y no asistan
á las pedreas salvajes,
ni sean voluntariosos,
ni rebeldes, ni intratables;
si logro que el niño bueno
persevere en sus bondades,
y llegue á ser el encanto
de todos cuantos le traten,
mi ambición verá cumplida,
satisfechos mis afanes,
é, impulsado por el éxito,
seguiré haciendo romances.



LA ORACIÓN DE LA MAÑANA



LA ORACIÓN DE LA MAÑANA

—¡Mamá! Vísteme, que es tarde.

¡Ven á vestirme, mamá!

—Antes di tus oraciones.

—Es cierto. *Por la señal...*

Mamá, ¿me pondré el vestido verde?

—Después de rezar.

—*De la santa cruz; de nuestros enemigos...* Di, mamá,

¿giremos hoy al Retiro?

Van la Concha y la Pilar

y sus hermanos.

—Bien, reza con mayor formalidad.

—*Libranos, Señor, Dios nuestro...*

¿Se ha levantado papá?...

¡Qué! ¿No quieres contestarme?

—Hija mía, ven acá.

El rezar como tú rezas

ni aprovecha ni es rezar.
¿Qué caso ha de hacerte Dios,
si tu pensamiento está
en el Retiro, el teatro,
en la Concha y la Pilar?
Rezar es pensar en Dios;
invocarle con afán;
desentenderse de todo,
de sí mismo y los demás;
proclamar la pequeñez
de la pobre humanidad;
unir el cielo á la tierra
adonde las almas van
con vínculos de respeto,
de fervor y de humildad.
La oración no es repetir
lecciones sabidas ya;
es pensar en Dios, llamarle,
y su clemencia implorar,
á fin de que nos proteja
en la vida terrenal
y nos llame luego á sí
por toda una eternidad.

EL CUARTO OSCURO

—¡Ya que no sirven razones;
ya que es usted testarudo,
y ni la lección aprende,
ni guarda decoro alguno,
va usted á pasar el día
metido en el cuarto oscuro!—

Y esto diciendo el maëstro
al chicuelo más obtuso
que comió pan á manteles
y pisó escuela en el mundo,
le asió de las dos orejas,
y ante el infantil concurso
llevóle á un desván que guarda
muebles que no están en uso;
corrió el cerrojo y la llave,
pronunció un nuevo discurso
al de dentro, porque sepa
que allí van siempre los tunos;

y á los que fuera se hallan,
porque no sigan los rumbos
de su compañero Roque,
metido en aquel tugurio;
y después, con lento paso,
y entre risas y murmullos
volvió á la clase el maestro,
majestuoso y cejijunto.

Roque era un chico muy malo,
desaplicado de suyo,
algo burlón, algo torpe,
algo vicioso en sus gustos;
mas su fondo no era tanto,
y aunque al pronto se contuvo
ostentando fortaleza
y no mostrando disgusto,
al verse encerrado y solo,
al notar que ya el susurro
de las voces se alejaba,
acudió al solo recurso
que le quedaba, vertiendo
lagrimones como puños.
La sombra era tal, que el niño,
no distinguiendo los bultos,
á tientas fué registrando
al principio el cuarto oscuro,
por si tuviera salida

que no conociera el mundo.
Nada... De objetos informes
pudo, sí, notar el cúmulo:
tal vez bancos, tal vez mesas...
Quiso orientarse, y no pudo
ni aun recordar ya siquiera
la entrada del cuarto oscuro.
Soledad, lobreguez, miedo,
el silencio de un sepulcro,
ni un acento, ni un rüido...
Ya era vano el disimulo,
y Roque hubo de decirse
que estaba muerto de susto.

—¡Un día aquí, siendo siglos,
por lo largos, los segundos!...
Por fortuna, cuando madre
note mi ausencia, es seguro
que vendrá por mí á la escuela;
respiraré el aire puro;
correré libre y gozoso;
veré á Juan, á Gil, á Bruno...
Pero ¿y si me muero aislado
en este desván inmundo?
¿Y si grito, y no me oyen,
que no me oirán de seguro,
pues estarán en la escuela
repasando los gerundios?...

¡Eh!... ¿Quién anda ahí?... Creía
escuchar rumor confuso
de pasos precipitados,
y el aletear de buhos
ó el vuelo de los fantasmas,
tras de estos muebles ocultos.
Ahora veo... y no quisiera...
Es preferible lo oscuro...
Un monstruo acecha mis pasos;
me sigue por más que huyo;
sus brazos interminables
me cogen, me aprietan mucho...
me ahogan... Ya se fué... Respiro...
Pero aquí tropiezo un bulto,
me golpea en la rodilla...
Y ese culebrón negruzco
que se enrosca y se dilata...
¡Dios mío!, me falta el pulso,
me siento morir de miedo,
tengo frío..., y ahora sudo...
¡Perdón, que yo seré bueno!
¡Sacadme del cuarto oscuro!

De pronto el desván se inunda
de luz, y Roque convulso
ve á don Cosme, que así pone
moralaja á sus discursos:
—Hoy has estado en tu encierro

solamente diez minutos:
si de conducta no cambias
ni al bien diriges tu rumbo,
en ese desván horrendo
haré que pases un lustro,
si antes de miedo no mueres
y te sacamos difunto.

¡ SIN HOGAR !

¡Dulce hogar! ¡Techo bendito!
¡Amor de los tiernos padres!
¡Cuántas venturas se tienen
y no se aprecian bastante!

Niño mimado en extremo,
que no han sabido mostrarte
realidades de la vida
y verdaderos pesares;
tú, que lloras por caprichos
que pueden serte fatales,
y lloras que te las pelas,
y te destrozas el traje
porque te han negado un dulce
que acaso puede dañarte;
límpiame un poco los ojos,
que ya has llorado bastante,
y daremos unas vueltas
por esas plazas y calles.

¿Ves ese gran edificio
que más parece una cárcel?
Es la Inclusa: en ella habitan
muchos de tus semejantes,
que á la existencia nacieron
á la vez que á los pesares.
Fué el abandono su cuna,
una acusación su sangre,
su primer llanto un castigo
y un pecado su linaje.
¡Cuando el gran amor les falta
que deben darle los padres,
les recoge y alimenta
la caridad, que es más grande!
Allí viven, allí crecen,
para ir á llenar más tarde
el Hospicio, otro edificio
sin cariños paternales,
ni caprichos satisfechos,
ni aun alimentos bastantes...,
según lo que han dicho algunos
diputados provinciales.
Un director, un maëstro,
inspectores, capataces,
sequedad á todas horas
y rigor en todas partes.
El niño es allí un guarismo,
una unidad, una parte

que, involucrada con otras,
sólo influye en los totales.
Hay otros muchos asilos,
que hoy surgen por todas partes,
donde se alimenta el cuerpo
y del alma no habla nadie.
¿No se les dan dos comidas?
Pues ¿qué más necesidades?
Si el niño es de buen instinto,
cuando ha crecido bastante
y algún oficio conoce
tras de rudo aprendizaje,
de la patria le reclaman
los honrosos estandartes,
y en un cuartel da al olvido,
vistiendo militar traje,
del asilo de su infancia
las cortas habilidades.
Si para el bien no ha nacido
ó no logra dominarse,
huye del asilo acaso
para ir á dar en la cárcel.
Hay otros niños que llenan
manicomios y hospitales,
daños del cuerpo sufriendo
para aumento de sus males,
siendo materia de estudio
sus crueles enfermedades

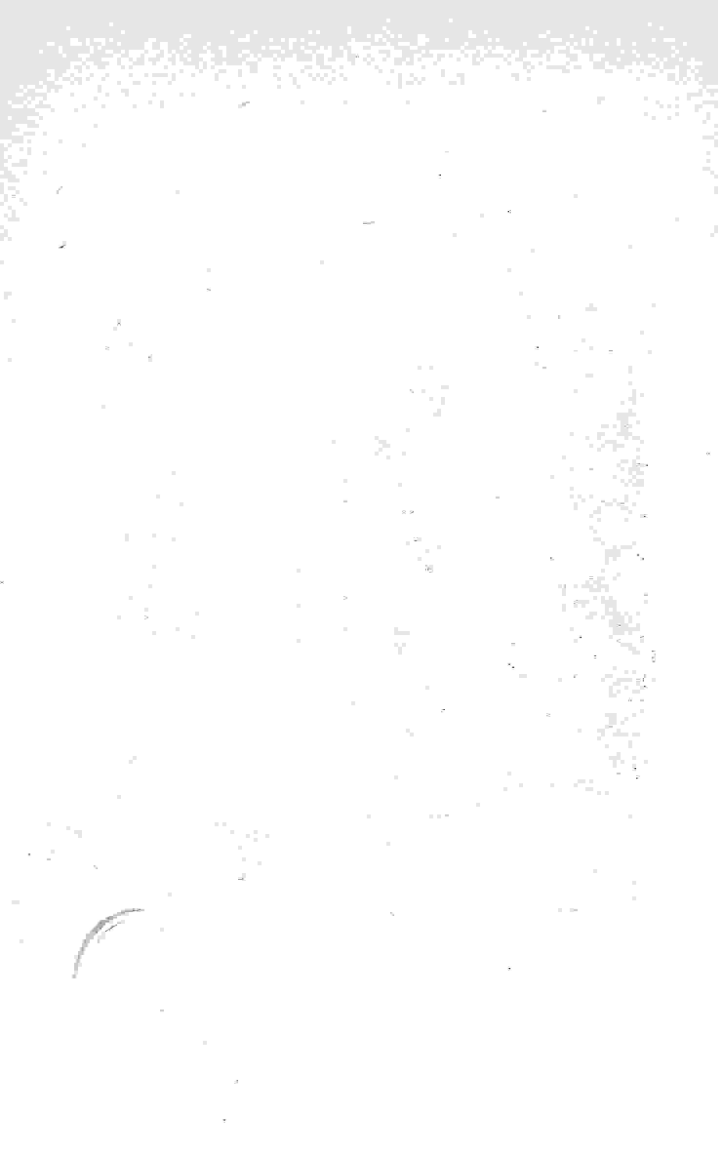
para brillo de la ciencia,
que es allí el punto importante.
¡Cuántos niños sin fortuna!
¡Cuántos niños sin hogares,
sin afectos, sin amigos,
sin hermanos y sin padres!

Ya ves, niño caprichoso,
que te quejas por quejarte,
y que el dulce ó el juguete
que motivan tus pesares
te mueven á ser injusto
con todos tus semejantes.
Deja el llanto y di conmigo
lo que reza este romance:
“¡Dulce hogar! ¡Techo bendito!
¡Amor de los tiernos padres!
¡Cuántas venturas se tienen
y no se aprecian bastante!”



DÍA DE NOVILLOS





DÍA DE NOVILLOS

—¿Sabes la lección, Perico?

—¿Por quién me tomas, Gerardo?

Yo no estudio las lecciones
que nos echa don Serapio.

—Yo estudié cinco ó seis puntos.

—Yo sólo sé tres ó cuatro.

—Yo no pasé del primero.

—Pues yo, por extraordinario,
no pude estudiar en casa,
porque tengo un nuevo hermano;
y, “que viene la madrina”,
“que está el médico don Casto”,
que las vecinas aturden
dando besos al muchacho,
que “vete por flor de malva
y vuelve á casa volando”,
que “cuida de ese puchero”,
que “pon la comida al gato”,
pasé la mañana toda

en comisiones y encargos.

—¡Y que hoy la lección es fácil!

—Sí: la invasión de los bárbaros.

—Hoy recibimos palmetas...

—¿Sabéis lo que estoy pensando?

—Lo sabremos si lo dices.

—¿Veis ese sol?

—Sí: muy claro

y muy hermoso: parece

que pica ya como en Mayo.

—Pues bien, saliendo á la ronda,

el paseo está esperando,

y luego en la plazoleta

podremos jugar al marro.

—¿Y si el maëstro se enoja?

—Ya le pasará el enfado.

—¿Y si lo saben en casa?

—¡Pues no eres poco pacato!

Los padres nunca se enteran

de si á la clase faltamos.

—Yo tengo miedo....

—Pues vete

á cuidar del nuevo hermano

y á bajar por flor de tila

ó un cuarterón de garbanzos.

—Yo... por no dejaros solos...

—Pues bastante hemos hablado;

marchemos; y que el maestro

dé la lección á los bancos.

—¡Marchemos!

—Pero, en silencio,
que en la esquina está tío Paco
y puede verme.

—Es muy justo;
y un poquito separados
hasta salir á la ronda.—

Y el proyecto ejecutando,
los muchachos van muy serios
mientras no salen del barrio,
hasta que fuera de puertas,
y libres ya de cuidados,
en honor de sus novillos
corren y juegan al paso;
y luego en la plazoleta,
donde se encuentran más anchos,
se establecen, echan chinas,
se dividen en dos bandos;
dejan los libros de texto
en un montón sobre un banco,
y se acosan y persiguen
entre gritos de entusiasmo
y tácticos movimientos
y sutilezas del marro.
De pronto nota Perico
que los libros han volado,

sin que ninguno conozca
á quién acusar del daño.
Las risas con esto cesan,
y mustios y cabizbajos
vuelven á Madrid los chicos,
en su desdicha pensando.
Más tarde en todas las casas
puede oirse este diálogo,
aunque idéntico en el fondo,
en sus pormenores vario:
—¿Fuiste á la escuela?

—Sí, padre.

—Y ¿qué dice don Serapio?

—Pues ¿qué ha de decirnos? Nada.

—Á mí, sí, me ha dicho algo.

Y el padre le da á esta carta
lectura de cabo á rabo:

«Muy señor mío: su niño,
á la obligación faltando,
se ha ido con otros tunantes
á jugar en despoblado.

Yo seguí á los novilleros,
y al verles jugar al marro,
recogí todos los libros
que dejaran en un banco.

En la escuela les espero
porque quiero yo entregárselos
con obsequios de mi cuerda,

que les daré en propia mano.”
Y acabada la lectura
del mensaje inesperado,
los padres, por propia cuenta,
comienzan los comentarios.
Y los pobres novilleros
conocer ya, por su daño,
que pueden sufrir cogidas
del profesor don Serapio.

LA NIÑA FISGONA

Es Julianita una alhaja;
pero alhaja tan curiosa,
que hay que hablar con gran cuidado
cuando la niña está próxima.
Ella escucha cuanto dicen
á su lado otras personas;
utiliza las rendijas,
sorprende, indaga, interroga,
abre las cartas ajenas,
registra todas las ropas,
y no hay secreto seguro
con tan discreta persona.
Tiene cien observatorios:
ya se oculta en una alcoba
y allí escucha á los que hablan,
protegida por las sombras;
ya de las camas debajo
se pasa mortales horas,
para saber si su prima

ronca al dormir ó no ronca;
ya examina de su hermano
la Química ó la Retórica,
por si en sus hojas encuentra
la cartita de la novia;
escucha á la cocinera,
que habla con la planchadora,
y así aprende lo que niñas
de mayor edad ignoran;
para ella no hay cerraduras,
pues que son ventanas todas;
ni hay reserva para ella;
y hasta en la Iglesia, no es broma,
cerca de un confesonario
por costumbre se acomoda,
para averiguar ajenos
pecados que no la importan.

¡Y si Juliana supiese
siquiera para ella sola
lo que caza y averigua!...
Pero además lo pregona,
complaciéndose en las citas,
ocasionando zozobras,
y en berlina colocando
á sus amistades todas.
Sus amigas de la escuela
tiemblan al mirarla próxima,

y ponen, si están de charla,
en seguida punto en boca.
Unas la llaman «lechuza»,
otras la dicen «fisgona»;
y las unas «polizonte»
y «amiga de husmear» no pocas.

Ayer notó que en su casa,
estando su mamá sola,
entraba don Juan el médico,
que es una buena persona.
—¿Á qué vendrá sin llamarle?,
se preguntó la curiosa;
y bien pronto, utilizando
las cortinas de una alcoba,
presenció aquella entrevista
y escuchó sus frases todas.

—Sí, señor; ese defecto
de Julianita me agobia,
pues la hará muy desgraciada;
todo lo escucha y lo nota,
y no hay para ella secretos,
pues los caza y los pregona.
¿Qué haríamos con la niña?
Usted ¿qué opina?

—¡Ay! señora;
corregir los caracteres
empresa es dificultosa.
—¿No hay ninguna medicina

que se aplique á las fisgonas?

—Una tengo, pero es dura...

—¿Y cuál es?

—Volverlas sordas.

Llame usted á Julianita,

viene y manos á la obra:

con un ligero pinchazo

dejará de ser curiosa.

En mi caja de instrumentos

tengo aquí una aguja corva

y en un santiamén despacho

y queda la niña otra...

Y la madre y el galeno,

observando hacia la alcoba,

de pasos que se alejaban

oyeron huellas remotas:

una sonrisa de triunfo

dibujaron ambas bocas,

y después cambiaron rápidas

palabras explicatorias:

—El susto no ha sido malo.

—Á los pies de usted, señora.

—¡Juliana!

—No la moleste...

¡Dele usted muchas memorias!

EL NIÑO INOPORTUNO

Luisito es un buen muchacho,
de largos cabellos rubios,
tez rosada, azules ojos,
tan derecho como un huso;
ama y respeta á sus padres;
"transige" con el estudio;
pero Luis tiene un defecto
desconsolador, mayúsculo;
y si de él no se corrige,
será infeliz en el mundo.
Es, en cuanto dice, piensa
y hace, tan inoportuno,
que á sus padres y hermanitos
pone en constantes apuros.
¿Hay en la casa visita?
El niño sin disimulo
dice que la sopa espera
y que se enfría el besugo.
¿Hay duelo? Pues él "se arranca

por peteneras» al uso.
¿Hay boda? Pues él llorando
se esconde en un cuarto oscuro.
¿Hablan sus padres de graves
y desgraciados asuntos?
Él interrumpe la plática
con chistes inoportunos.
¿Hace sol? Toma paraguas.
¿Hace frío? Él va desnudo.
¿Llueve? Se lanza á la calle.
¿Hace calor? Gabán ruso.
Una vez su propio padre
vivió escondido del mundo
por políticas cuestiones
que en España están en uso,
y Luis hablaba en la escuela
de aquel terrible disgusto,
dando las señas precisas
del sitio en que estaba oculto.
Al saberlo los muchachos,
la policía lo supo;
y mal lo pasara el padre
de aquel niño inoportuno,
á no hallar en país extraño
un pasajero refugio.
Otra vez, una imprudencia
colocó en muy grave apuro
á una hermana de Luisito,

originando disturbios
entre la misma y su novio,
por referirle que en Burgos
la muchacha un pretendiente
muy favorecido tuvo.
Él, cuando silencio reina,
habla con dudoso gusto;
corta las conversaciones,
falta al respeto á menudo,
pone en berlina á sus padres,
en misa lanza estornudos;
tose si está en el teatro,
fastidiando á todo el público;
á la escuela llega tarde,
ocasionando murmullos;
y en la explicación más seria
de su profesor don Rufo
siempre interrumpe pidiendo
salir... por motivos justos.
En suma: que el buen Luisito
es lo más inoportuno
que entre muchachos se encuentra,
con todo de haberlos mucho.
Él se enmendará: los años
son un remedio seguro
para ir borrando defectos
en este pícaro mundo.

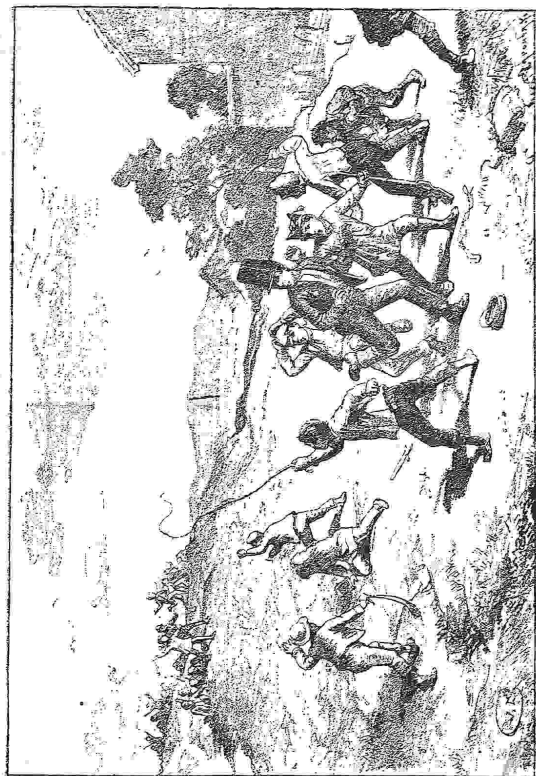
FLOR DE ESTUFA

En rica estancia y lujosa,
que dobles *portiers* resguardan,
y que caldean estufas
de continuo alimentadas;
entre almohadones de seda
y veladores de nacar,
bibelots en los que el arte
hizo prodigios de gracia,
y alfombras de terciopelo
y tapices de la Fábrica
que honra fué, no de la corte,
sino que de toda España;
cerradas todas las puertas,
y en balcones y ventanas
burlletes, que sus junturas
del aire exterior resguardan,
se ve un niño, triste, pálido,
y recostado de espaldas
en diván de terciopelo

que ricas sedas recaman.
El niño parece triste;
melancólicas miradas
lanza á la calle, cubierta
de nieve por una sábana;
que en ella ve á otros muchachos,
cuya robustez proclaman
colores que al rostro suben,
carreras que nunca acaban.
En el interior obsérvase
una atmósfera templada:
fuera debe hacer gran frío
por la nieve y por la escarcha.
El niño del gabinete
ofrece la vista opaca,
tardo el paso, y sus sonrisas
padecimientos retratan.
Los chicuelos del arroyo
brincan de continuo y saltan,
y hacen bolas con la nieve
y las usan como balas,
en simulados combates
para el cual forman dos bandas.
Flor de estufa es el primero;
pero flor tan delicada,
que para guardar su vida
las precauciones no bastan.
Flores silvestres las otras,

se desarrollan ufanas,
viviendo á los cuatro vientos
libres, sin ninguna traba,
ora por el viento heridas,
ora por el sol quemadas,
haciendo bolas de nieve,
fingiendo rudas batallas;
ya tropezando y cayendo,
ya levantándose rápidas.
La flor cuidada en estufa,
enfermiza y agostada,
sin fuerzas ni iniciativa
vegeta cual débil planta:
todos los días el médico
le observa, le pulsa y manda
remedios que da la ciencia
y que venden las farmacias.
Las flores silvestres brotan
y viven multiplicadas,
ora cubiertas de nieve,
ora metidas en agua,
combatidas por los cierzos
ó por el calor tostadas.
Y, sin embargo, la una
enfermiza crece y pálida,
mientras las otras se ostentan
cada instante más lozanas.
Cuando transcurran los años,

la consecuencia forzada
será que la flor de estufa,
al salir de aquella estancia,
no resistirá la atmósfera
que fuera de allí la aguarda,
y que las flores silvestres
podrán combatir, osadas,
cambios de temperatura
y embates de la desgracia.



LA PEDREA



LA PEDREA

Ya van las calles corriendo,
y en dirección á la Ronda,
los chicos de Ministriles,
que fama de bravos gozan.
Juanillo marcha á su frente
tiznada la nariz roma,
dejando asomar las carnes
por ventanas de las ropas,
y con zapatos que fueron
antes palas de unas botas.
Van tras él Cosme el *Zurdillo*,
diestro en manejar la honda;
Nemesio el del tabernero,
Blas el de la peinadora,
el *Mico*, el *Tuerto*, el *Lobillo*,
investigador de bolsas;
Juaneca, el que ya ha tenido
más de una causa famosa;
el *Ganzúa*, cuyo mote

denuncia ya á la persona,
y otros quince ó más muchachos
que en su semblante pregonan
la decisión de los héroes.
en las populares broncas.
¡Cuánto remiendo en los trajes!
¡Cuánta blasfemia en las bocas!
¡Cuánta mugre en la epidermis,
y en el alma cuántas sombras!
Nacieron, y en el arroyo
pasaron su infancia toda,
sin rezos y sin lecciones
y atenidos á la sopa;
crecieron como las plantas
que libres se desarrollan,
y ahora marcan sus instintos,
que nada bueno denotan.
Con el paso acelerado
y cual mar que se desborda
atropellan cuanto encuentran
y su paso les estorba;
empujan aquí á un labriego,
silban allí á una aguadora,
y hacen rodar el tinglado
de un pobre que vende loza;
si algún hombre les reprende,
toman la lección á mofa;
y si amenaza pegarles,

siguen su carrera loca,
tirándole algún ladrillo
de los que hay en una obra.
La autoridad está ciega,
la autoridad está sorda,
y ni oye, ni ve, ni entiende
la causa de la tramoya.
Y así su camino siguen,
y así llegan á la Ronda
recogiendo los pedruscos,
guardándolos en sus bolsas,
como aquel que se apercibe
á lucha recia y heroica,
y vomitando blasfemias
sin duda para hacer boca.

¿Vendrá la hueste enemiga
del barrio de la Paloma?
Mucho polvo se descubre
por la carretera próxima,
y hasta parecen oírse
algunas voces chillonas.
Ellos son sin duda alguna,
que lo anuncia en son de broma
una blanca peladilla
de algunas seis ú ocho onzas,
que roza el pelo á *Juaneca*
y da al *Ganzúa* en las corvas.

Los proyectiles guardados
contestación son muy pronta,
y hay quien á mano los tira
y quien los manda con honda.
Crúzanse piedras con piedras,
y las gentes, temerosas
de aquel combate, se apartan,
ó á la autoridad invocan;
mas la autoridad no viene,
y al cabo de media hora
queda humillado el orgullo
del barrio de la Paloma,
y los del de Ministriles
á cuartel de invierno tornan,
quedando, como recuerdo
que las pobres madres lloran,
muchos trajes en pedazos
y algunas cabezas rotas.

MARICA-ANTOJOS

—Mamá, mira qué muñeca:
cómpramela.

—Sí, otro día.

—Mamá, cómprame esa sala
con su velador y sillas...
Cómprame si no ese órgano
ó esa celda de monjitas.

—Pero ¿todo se te antoja?

—Mamá, mira..., mira..., mira
ese teatro de muñecos:
yo lo quiero.

—Pero, niña,
¿piensas tú que en este mundo
se ha de lograr en seguida
cuanto se ve y se pretende?
¿En dónde colocarías
todo cuanto se te antoja,
que es cuanto abarca tu vista?
—Pues yo quiero, por lo menos,

esa preciosa vajilla
de muñecas..., y ese moro...,
y ese tocador con cintas.

—Nada. Edifica un palacio,
pues tanto se necesita
si has de mirar satisfechos
tus antojos, hija mía;
traslada al mismo las tiendas
que así tu deseo incitan,
y millones de juguetes,
ya que todos los codicias.

—Pues yo quiero esas muñecas
que parecen bailarinas,
y esa carretela abierta
tirada por ovejitas.

—Pero, Mariquilla—Antojos,
¿dónde tienen tus amigas
tantos juguetes preciosos
como tú? Las mismas primas,
con ser tres, ni aunque reúnan
toda su juguetería,
podrán á ti compararse
á pesar de ser más ricas.

Todos estos argumentos
no convencen á la niña,
que en viendo un escaparate
de juguetes, salta y grita:

Yo quiero esto, y lo otro,
lo de abajo y lo de arriba.
Cerca al llegar de su casa
ve en una carpintería
á la hija del carpintero
formando una torrecilla
con tarugos de madera
de dimensiones distintas.
Párase Marica-Antojos;
del brazo á su madre tira,
y exclama:—Quiero virutas...
¡Cómpramelas en seguida!

Supongo fundadamente
que el retrato de esta niña
ha de ser muy conocido
de mis tiernas lectorcillas,
que dirán al verlo:—Es Marta,
es Inés, es Margarita,
es Amparo, es Inocencia,
es Juana, es Irene, es Cintia...
La niña Marica-Antojos
es una sola y muchísimas:
se llama con veinte nombres;
por todos es conocida,
y vive en Madrid, en Burgos,
en Pamplona y en Sevilla.
Su defecto es de los graves;

pues cuando crezca la niña,
si hoy ambiciona juguetes,
muñecas y golosinas,
luego en mayores antojos
sentirá crueles envidias,
y acaso al satisfacerlos
su honor peligrè y su dicha.
No la imitéis, niñas buenas;
no seáis nunca antojadizas,
que si es defecto el antojo,
pecado grande es la envidia,
que á desventuras sin cuento
y hasta al crimen encamina.

EL TUTTI LI MUNDI

—Venid, venid, señoritos,
al hombre del Mundo Nuevo:
aquí se ven muchas cosas,
y sólo por cinco céntimos.
Que suba esa niña pronto,
que ya todo está completo
y va á empezar el desfile
de los primores que tengo.

Los muchachos se apresuran,
miran por los agujeros,
y así va contando todo
el hombre del Mundo Nuevo.

“Ahora verán ustedes
la gran ciudad de Jauja,
donde los habitantes
comen y no trabajan.
Allí las onzas de oro
por calles y por plazas,

á puntapiés se encuentran
y nadie las levanta.

Los árboles producen
salchicha y empanadas;
las rocas son de azúcar;
los ríos son de horchata,
y brotan los jamones
igual que aquí las zarzas.”

—¡Bien por el *tutti li mundi*!

—¡Bien por Jauja y sus productos!—

Y sigue en sus descripciones
el buen conductor del Mundo.

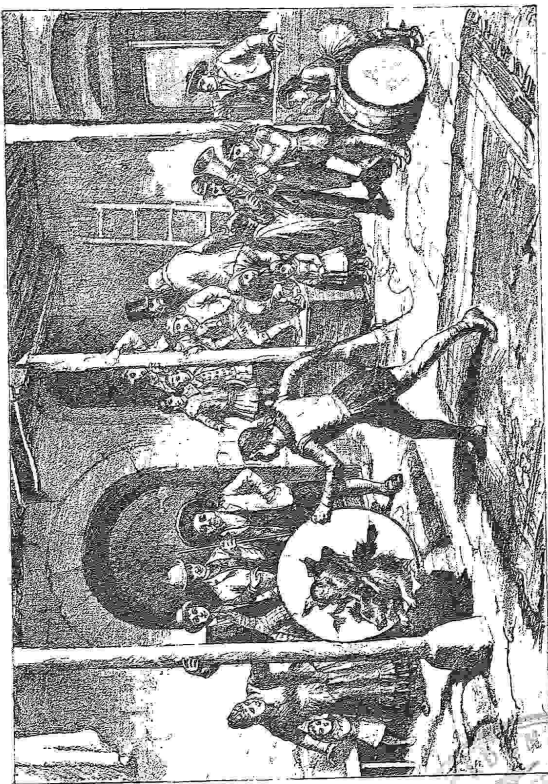
“Ahora verán ustedes
el cuadro el *Spoliarium*,
igual que aquí en la Plaza
se arrastran los caballos.
Allá en Roma..., muy lejos...,
y en tiempos muy pasados,
los hombres en el Circo
se daban de porrazos,
con picas y con redes,
machetes y venablos.
Al vencedor, coronas
le daba el entusiasmo.
Los otros, á la tierra
para engordar gusanos.”

—¡Qué miedo!—¡Parecen propios
los hombres!—Y van desnudos.
—Mira, ya cambian la vista.—
Y dice nuestro hombre al punto:

“Ahora verán ustedes
un cuadro muy famoso
del Hambre, que tuvieron
los madrileños todos,
al comenzar el siglo
que hoy cuenta ya tres ochos.
Ahí puede verse un hombre
que rechaza muy fosco
el pan que los franceses
le ofrecen generosos,
y á un viejo que devora
un repugnante troncho.”

—¡Qué pronto ha pasado éste!
—Y todo ha quedado oscuro.
—Con sólo dar cinco céntimos
pueden verse otros asuntos:
la Giralda de Sevilla
y la fuente de Neptuno;
Prim en África; su muerte
luego en la calle del Turco;
una corrida de toros;
la Cruz y el Santo Sepulcro;

Guzmán el Bueno en Tarifa,
y la Invasión de los Hunos.
Vengan otros cinco céntimos,
y el respetable concurso
podrá ir viendo nuevos cuadros
de los que traigo en el Mundo.



LOS TITIRTEROS



LOS TITIRITEROS

Un viejo tambor redobla
junto á las eras del pueblo,
y un cornetín le hace el dúo
y un serpentón el terceto.

Mozas y viejas y niñas,
niños, jóvenes y viejos,
por la música atraídos,
se van á poco reuniendo
junto á una familia extraña
de pobres titiriteros.

Tostada tez, apagado
mirar, andar torpe y lento,
proporción desfavorable
de la carne con los huesos,
mallas sucias como único
traje que cubre sus cuerpos,
y brillantes lentejuelas
en los toneletes viejos.

¡Títeres! ¡Títeres!, gritan
del lugar los muchachuelos,
y poco á poco aquel grito
se va doquier repitiendo;
y el maestro cierra su escuela,
y sale á la calle el médico,
y el boticario el emplasto
suspende que estaba haciendo,
y el alguacil se presenta,
y el sacristán deja el templo,
y el vecindario no aguarda
que le cite el pregonero
para formar á los títeres
compacto acompañamiento.
Vara en mano y sonriente
acude el alcalde en esto,
para presidir la fiesta
en el patio del Concejo.
Y allí, tras de breve rato,
se van las gentes reuniendo;
y allí, según el alcalde,
se da á la fiesta «escomienzo».
¡Válgame Dios! y qué cosas
hace el director atlético
de aquella *troupe* ambulante,
que marcha de pueblo en pueblo.
Él, con los dientes tan sólo

rompe una barra de hierro;
él, con los pies por el aire
y la cabeza en el suelo,
toca en el violín la jota
y canta el Himno de Riego;
él corre por un alambre
y come estopas ardiendo;
él hace que monte un mono
y dé vueltas sobre un perro
y que salten por los aros,
para aquel caso dispuestos.
¡Pues, y la niña gimnasta
colgándose de un trapecio
y sosteniendo en los dientes
al niño, su compañero!
¡Vamos! que es cosa de gusto
ver á los titiriteros
comprometiendo su vida
al más leve movimiento;
haciendo torres humanas,
descoyuntando sus huesos
y dando saltos mortales
en continuo movimiento.
Después el músico cesa
de soplar, nace el silencio,
y el director de los títeres
tiende al concurso benévolo

un platillo en que se juntan
varias monedas del perro.

Los indígenas aplauden
y se solazan riendo
ante aquellos ejercicios
de tan difícil empeño,
en tanto que los artistas,
trémulos, sudando, hambrientos,
rendidos por el cansancio,
van en busca de otros éxitos,
sin más trajes que sus mallas,
sin más bien que sus esfuerzos,
con su tambor de reclamo
y sus monos y sus perros.
¡Pobres niños! ¿Cuál su cuna
habrá sido? ¿El ser debiera
acaso al que los explota
llevándoles por los pueblos?
¡Quién sabe!... Los que pudieran
averiguarlo y saberlo
sus ejercicios aplauden
y les dan como alimento
la limosna, y no el cariño;
el aplauso, y no el consejo.
Errantes por los caminos
buscan al llegar al término,

no el reparador descanso,
sino el trabajo y el riesgo.
Y así su existencia pasan
los pobres titiriteros
ganando á saltos mortales
el codiciado *Pan Nuestro*.

EL MENTIROSO

Á la verdad rencor muestra,
y en mentir pone su empeño;
pero miente sin ventajas
y porque goza mintiendo.
No suelen ser cosas graves
las que dice el embustero,
ni sostiene sus errores
cuando los ve descubiertos.
Él miente porque es su sino,
porque le sale de dentro,
porque en engañar se ufana
con su mentira á los crédulos.
Él, en el corro de amigos,
cuenta lances estupendos
de ladrones y de intrigas,
sorpresas y gatuperios.
Él ha visto cuanto narran
El Imparcial y *El Correo*;
ha estado en todas las fiestas;

ha asistido á los entierros;
conoce á todos los hombres
más notables de su tiempo;
ha ido de campo con Cánovas;
ha almorzado con Frascuelo;
á Echegaray le tutea,
y Castelar es su deudo.
Si en las casas de la corte
ha ocurrido un hundimiento,
él pasó minutos antes
junto á ella, y estuvo expuesto;
él vió las primeras chispas
al estallar un incendio;
él estuvo á cuatro pasos
de otros lances y otros riesgos.
¿Prenden al *rata segundo*
mientras limpiaba pañuelos?
Pues él dió aviso á los guardias,
y, gracias á él, le prendieron.
¿Hay un crimen en su calle?
Pues él fué en verle primero.
Y así simultáneamente,
juntando lances diversos,
está en una misma hora
en el teatro y en el templo,
en la plaza de las Cortes
y en la plaza del Progreso,
dormido, cruzando calles,

en las clases y comiendo.

Tal afán de mentir muestra,
que todos sus compañeros,
basta que él diga una cosa
para que se hagan incrédulos.

—¿Lo ha dicho Juanito?—exclaman.

—Pues mentira como un templo.

Hoy por hoy, sus mentirillas,
muy censurables por cierto,
no son tan grandes, que puedan
causar grandes contratiempos;
pero si crecen, conforme
vaya Juanito creciendo,
¡cualquiera podrá sufrirle
en cuanto pase algún tiempo!
Y le pasará á Juanito
lo que contó Samaniego
del pastorcillo y del lobo,
por charlatán y embustero;
que cuando la verdad diga
apoyada en juramentos,
nadie creerá sus palabras,
aunque diga el Evangelio.
—Me duele el pecho.

—¡Qué risa!

Dice que le duele el pecho.

—Hoy he sufrido un desmayo

y he medido el duro suelo.

—¡Qué trapalón!

—Por más señas
que me hice un chichón soberbio.

—Eso cuéntaselo á otros,
que aquí ya no te creemos.

—Como estudiar no he podido
y temo hablar al maestro,
contadle mi mal vosotros.

—Nos tendrá por embusteros,
como tú.

—Me duele mucho.

—Eres turco, y no te creo.

Decir la verdad es prenda
de virtud y de talento;
decirla, aun en contra propia,
honra al niño por extremo:
el ocultarla á sabiendas,
por malicia, dolo ó juego,
hace aborrecible al niño,
constituye un gran defecto,
y originar puede un día
terribles remordimientos.

DESFILÉ DE MAESTROS

Ya salieron de la escuela;
ya están en Latín los chicos,
unos en el Noviciado,
los otros en San Isidro.
Nuevas amistades traban,
procúranse nuevos libros,
con secretos de las ciencias
para ellos desconocidos.
Ya no les llevan de casa
á la clase; van solitos,
y discurren por los claustros
con mayor ó menor juicio.
Unos dicen que estudiaron
en la calle del Olivo;
otros que en Puerta de Moros,
ó subiendo hacia el Retiro;
en la Plaza del Progreso
ó calle de Leganitos.
Y en sus mutuas confianzas,

recuerdos de un mundo antiguo
(pues hay quien tiene diez años
y habla de cuando era niño),
exhiben irrespetuosos,
á sus maestros respectivos,
en cuadros exagerados,
no faltos de parecido;
pero con toques malévolos
y comentarios festivos.

—Yo he estudiado con don Bruno,
que nació en Vitigudino
y ha corrido treinta pueblos
entre medianos y chicos.
Gasta levitón verdoso,
que le llega á los tobillos;
gorro de algodón en punta,
que parece un gorro frigio;
peluca de tres colores
con persianas y flequillo,
y narices transparentes,
y ojos que van escondidos
tras de cristales ahumados
por no asustar á los chicos.
Siempre encima de su mesa
tiene para casos críticos
palmetas, correas, cuerdas,
disciplinas, cuadradillos,

y hasta otros improvisados
instrumentos de suplicio.
«La letra con sangre entra»
es su refrán favorito,
y tanto quiere enseñarnos
que nos deshace á pellizcos.

—Pues el mío, don Canuto,
no pegaba y era rígido;
bastantes de su Academia
éramos medio pupilos
y llevábamos almuerzo;
pero al más leve descuido,
—«Sin comer hoy—exclamaba—
Clemente, Juan y Perico»;—
y con los almuerzos de éstos
se daba él un trato opíparo.
Dos años fuí á su escuela,
y averiguar no he podido
si su rigor en los sábados,
castigando á dobles niños,
era cuestión de enseñanza
ó por comer los domingos.

—El mío era un gran maestro,
muy bondadoso, un bendito;
no nos castigaba nunca,
y hasta cuando le decíamos

que Marruecos es un golfo,
ó que es un mar el Egipto,
que el rey don Pedro primero
fué muerto por Leovigildo,
ó que el verbo y el adverbio
son para el caso lo mismo,
encogiéndose de hombros,
sólo decía: «¡Estos chicos!...»;
y aun añadía en voz baja,
aunque nosotros la oíamos:
«Y por remate de cuentas,
tal vez dirá bien Juanito:
¿quién sabe en estas alturas
si la historia no es un mito?»
Si por estar bueno el día
nos íbamos de novillos,
decía: «Este sol de España
es cómplice de los niños.»
Si jugábamos en clase:
«¡Muchachos más intranquilos!...»
Si la tinta derramábamos
ennegreciendo los libros:
«En salsa de calamares,
¿quién aprende participios?»
Y siguiendo este sistema,
y siempre por este estilo,
en su clase no se oían
regaños, llantos ni gritos.

Recuerdo que una mañana
el tunante de Blasillo
le tiró con un canuto
de majuelas un granito,
y que él dijo solamente:
«¡Pues, señor, valiente tino!
Me ha dado entre los dos ojos:
¡si tuerce un poco, me avío!»

—Pues don Lucas, mi maestro
de primaria, era distinto:
el señor Prosopopeya
le llamábamos los chicos.
Se sentaba allá en su cátedra,
solemne como un ministro,
y largaba unas «soflamas»
de padre y muy señor mío.
Siempre empezaba: «Señores...,
hay momentos decisivos
en nuestra vida, que valen
por meses, años y siglos...
Señores...—Y aquí estiraba
los puños dando un suspiro.—
las circunstancias, señores...,
la atmósfera en que vivimos,
la actividad que nos mueve,
el afán de los sentidos,
el vértigo de los pueblos,

la marcha de los políticos...,
todo nos dice «¡adelante!»
Y el Cosmos con sus prodigios,
la nebulosa y el ente
objetivo y subjetivo,
á colación los sacaba,
casi siempre sin sentido.
«¡Ah señores!—exclamaba,—
los hombres somos finitos
y la ciencia nos opone
valladares y peligros...
¡Ah señores!... El progreso,
ufano, inmutable, activo,
nos está llamando á voces,
como le llama al proscrito
la patria tierra en que yacen
con el polvo confundidos
restos de generaciones
é inorgánicos *detritus*...»
Y cuando de hablar cesaba
preguntábamos: ¿Qué ha dicho?...

—Pues el mío nos tomaba
la lección mirando al libro,
y en alterando una sílaba
se perdía y nos perdíamos.

—El mío era presidente

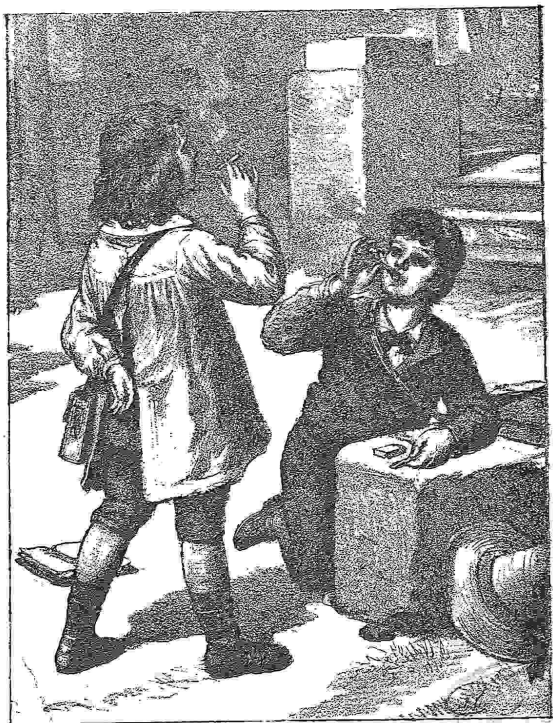
de no sé qué centro ó círculo,
y hablaba contra el gobierno
á quien le debe el destino.

—El mío nos enseñaba
á rezar pegando gritos,
y de los libros de texto
sólo daba el catecismo.

—El mío era muy prudente,
muy metódico, muy rígido;
dudo que en el magisterio
pueda haber hombre más digno;
pero ganaba muy poco,
que está bien malo el oficio,
y el explicar en ayunas
no carece de peligros.—

Y así charlando los jóvenes,
en vez de coger los libros,
evocan de sus maëstros
los nombres en desprestigio.
¡Pobres maëstros! Sin ellos,
que cogen al tierno niño
y á la ciencia le dirigen
por diferentes caminos;
sin ellos, pobres cimientos
del admirable edificio

de la ilustración del mundo
y del progreso del siglo,
¿qué fuera del que se lanza
al golfo, siempre intranquilo,
del saber, con torpe paso
y ánimo desfallecido?
Ellos, después de los padres,
reclaman del tierno niño
veneración y respeto,
protección y sacrificios.
Cuando adelantéis en años
y ocupéis altos destinos,
no á la ingratitud infame
deís en vuestro pecho asilo,
y recordad al maëstro
que en su modesto retiro
os enseñó la Gramática
y os explicó el Catecismo.



EL PRIMER CIGARRO



EL PRIMER CIGARRO

—Padre se gasta en cigarros
mucha parte del jornal;
y si madre le reprende,
él la suele contestar

que el tabaco no le gusta;
pero fuma con afán,
por ser cosa de los hombres
la bebida y el fumar.

¿No somos hombres nosotros?,
le dice Perico á Blas;
pues fumemos como padre.

—Nos falta lo principal.

—¿El qué nos falta?

—Dinero

para el tabaco comprar.

—¡Comprarlo, habiéndolo gratis!

—Gratis, dime dónde está.

—Mira..., una, dos, tres colillas,
cuatro, cinco...: ¿quieres más?

- ¡Y que tienen buen aroma!
—¡Claro!, como que ahora están
mejorando los cigarros
que es una barbaridad.
—Envuélvelo en un papel.
—Aquí tengo un *Imparcial*.
—Apriétalo bien, y ahora
redondéalo... ¡Ajajá!
—¿Tienes fósforos?

—¡Pues no!

Aquí, entre migas de pan,
llevo siempre en el bolsillo
por lo menos algún par.

—Chupa.

—¡Ya chupo, y no arde!

—El mío sí..., y sabe mal.

—Pero lo sigues fumando...

—Como que es de hombres fumar.

—¿Sabes, Perico, que creo
que me estoy poniendo mal?

—¿Sabes, Blas, que siento algo
que no me puedo explicar?

—¡Pues yo no cejo!

—Ni yo...

—Hombre, no faltaba más.

Y entre náuseas y vahidos
fumando el cigarro van.

El primero, niños buenos,
suele saber siempre mal;
pero los otros..., ¡los otros
no se pueden aguantar!

¡PUNTO!

Por los claustros y las aulas
del colegio ó instituto
confuso rumor se extiende,
cada vez menos confuso.
Cuestión debe ser muy grave
cuando párvulos y adultos
en tendencia casi unánime
dialogan y gritan juntos.
Una sola voz de guerra
se repite doquier: ¡Punto!
Misterios de ortografía
expuestos sin disimulo.
¿Qué significa? ¿Qué quieren?
¿Por qué el creciente barullo?
Es que se acercan las Pascuas,
reclamando de consuno
turrónes para el estómago
y descanso en el estudio.
Pero ¿es que estudian de veras?

Pues yo con razón presumo
que hay quien no ha abierto sus libros
al examinarse en Junio.

Ello es al cabo, que claman
por dar á sus clases punto,
por arrinconar los textos,
por olvidar los gerundios,
sin que nada les importen
calificativos chuscos.

¿Quién fué el salvador de Roma?

La Historia lo dice: un Bruto.

¿Quién de Nerón fué el maëstro?

Pues nada menos que un Burro.

Émulos de los citados,
nuestros chicos de seguro
merecerán tales nombres
si observan así el estudio.

Ahora siga el alboroto,
resuene la voz de *Punto*,
continúen las carreras,
los capazos, los abusos;
si hay bedeles que procuran
conservar el orden público,
dé alguien la voz de: ¡Qué baile!,
que han de repetirla muchos;
si entra un guardia del gobierno,
repetid: ¡Fuera el intruso!
Si los profesores mismos

quieren cortar el tumulto,
nada de contemplaciones
ni servilismos impuros.
Aquí de lo que se trata
es de marcar nuevos rumbos
á la enseñanza enojosa
ajustándola al buen gusto,
de acortar un mes muy largo,
de marcharse dando tumbos
á su pueblo los más buenos,
y á su casa los más cucos;
de frecuentar los billares
y de sacudir el yugo
de profesores que enseñan
de la ciencia los absurdos.
Nada, jóvenes amables,
gritad, y vuestro es el triunfo;
atronad aulas y claustros
sin miramiento ninguno,
y que llene los espacios,
solemne, ronco, iracundo,
traduciendo vuestras ansias,
el grito de... ¡Punto! ¡Punto!



EL NUEVO HERMANITO

—Algo ocurre en esta casa,
se dice á sí misma Julia:
se ha retrasado el almuerzo,
no he dado lección de música,
mamá sufre una jaqueca,
vino el médico don Judas,
y papá no va al Congreso,
ni papelea, ni estudia
ensayando los discursos
que luego después pronuncia.
Me han dicho que no me mueva,
que no cante ni arme bulla,
y que Jacinto me lleve
á que juegue con Angustias...
Que algo pasa aquí muy grave,
cosa es que no admite duda;
en fin, por hoy me he ganado
el no dar lección de música.

.....

Julia vuelve de paseo
y á la portera saluda,
y nota que ésta sonríe
sin causa que en ello influya.
—¿Y mamá?

—Muy mejorada.

—¿Se ha marchado ya don Judas?
—Sí; y nos trajo una sorpresa...
Ya verás... ya verás, Julia. —

Entra la niña corriendo,
ve á su madre, la pregunta,
viéndola postrada en cama,
si es que tiene calentura,
y observa, con gran asombro
que su semblante denuncia,
al suave calor materno
una tierna criatura,
que ha debido entrar en casa
mientras fuera estaba Julia.
—Te han traído un hermanito,
dice el padre.

—¡Ay, sí!

—¿Te gusta?

—Mucho, y di, ¿cómo se llama?

—Ya le pondrá nombre el cura.

—¿Y es bonito?

—Puede serlo.

—¿Es llorón?

—No se le escucha.

—Lo digo, porque si es malo
y luego á mamá disgusta...

¡Es mejor que lo devuelvas
y que traiga otro don Judas!



EL MARRO

Hora, cualquiera del día;
sitio, enfrente del Botánico;
personajes, veinte chicos
entre grandes y medianos:
Juan, Pepe, Antonio, Vicente,
Hermenegildo, Serapio,
Tomás el de los barquillos
y Tomás el jorobado,
Luis el maleta, Narciso
el estudiante y Nicasio,
con otros más cuyos nombres,
que no conozco, me callo.
Que llegaron hace poco,
lo pregona de contado
el debate de los juegos
con que han de matar el rato
debate en que unos y otros
atropellan los vocablos,
sin acomodar sus voces

al diapasón ordinario.

—Jugaremos á la toña.

—No: jugaremos al paso.

—Es más divertido al toro.

—Ni que tuvieras dos años:

á esas cosas sólo juegan

los niños.

—Bien, pues al *marro*.

—¡Al marro!—grita el concurso;

y ya este juego aprobado

se disponen á *echar pies*

entre Pepito y Nicasio.

—No vale *zancada*.

—Ni

medio pie. Uno.

—Dos.

—Tres.

—Cuatro.

—*Monte*.

—Elige.

—Ven, Antonio.

Y una vez hecho el reparto

de muchachos, y elegido

por cada grupo su árbol,

se reanudan las disputas.

—*Chapa* tú.

—No, yo no *chapo*:

chapad, que tenéis más *carne*.

—Sí; pero ahí tenéis á Pablo,
el más grandullón de todos!

—Bueno, pues *chapa* tú.

—*Largo*,

sal tú detrás de ese.

—Y tú

detrás de Juan... ¡Qué pesado!

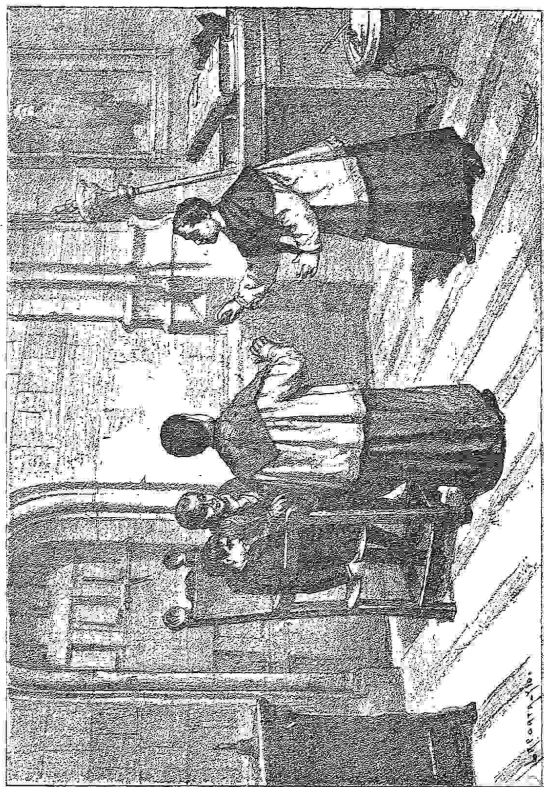
¡Tiene las piernas de plomo!

Y moviendo los dos brazos,
sin dar paz á la cabeza,
dando gritos destemplados
y haciendo mil contorsiones
dirige el juego Nicasio,
ansioso de que no queden
vencidos los de su marro.
Van mientras tanto los otros,
más que corriendo volando,
hasta que—*¡Parado!*—gritan,
y quedan todos parados.
Es que ha cogido á Juanito,
uno del grupo contrario,
y su jefe le apostrofa,
llamándole bruto y zángano.
—Si tropecé en una piedra.
—Pues te hubieras estrellado
y no dejar te cogiera

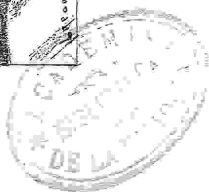
ese fantasmón de Pablo.
¡Ea! vamos á seguir
y á procurar rescatarlo.

Tras diez minutos de lucha
triunfa uno de los dos bandos;
y un zapatero de viejo
que hay en un portal cercano
canta, machacando suela
cuando pasan los muchachos:

Lleva al jugar al marro
zapatos nuevos...
que es preciso que coman
los zapateros.



¡BATEO!



¡BATEO!

Alguna fiesta se anuncia,
algo pasa en la parroquia,
pues las campanas repican
y las capillas se adornan.
Quedémonos á la puerta
donde están há media hora
treinta ó cuarenta muchachos
de todas las calles próximas.
Dos coches de cuatro asientos,
lugar junto al atrio toman
con el »se alquila» bajado,
pues se alquilaron por horas.
Pie á tierra los que los guían,
mientras las manos se frotan,
alegremente conversan
de lo que no nos importa.
Y los chicuelos en tanto,
unos juegan á la toña,
otros saltan ó se ocultan

debajo de las carrozas,
ó las impresiones narran
de su existencia azarosa.
Quién dice que fué á la escuela
y que sembró en la poltrona
del maestro los alfileres
con que éste prendió unas ropas;
quién que á una gata en el rabo
sujetó una cacerola
y que aquélla salió huyendo
frenética y como loca;
quién más graves confidencias
á su cargo luego toma,
y de pañuelos... hallados
muestra colección copiosa.
Quién, afectando descuido,
tira una china de á onza
á un señorito, en castigo
de gastar *leva* y *canoa*;
quién á un aguador pacífico
da un azote que le enoja,
y echa á correr, temeroso
de que le vuelva la broma.
Después, algo más tranquilos,
al atrio del templo tornan,
y entablan nuevos diálogos
de que hemos de tomar nota.
—¿Y entró ya la criatura?

—Con una falda de blondas
y unos cintajos azules
y verdes, que dan la hora.

—¿Viste á la madrina?

—¡Vaya!

Y que es toda una real moza.

—¿Y el padrino?

—Es uno alto,
de *bimba*.

—Y ¿qué otras personas?

—Dicen que el padre, un vejete,
que se tumba si le soplan;
dos primos de la parida,
y el ama, una gallegota,
igual, y mal comparada,
á una vaca de las gordas.

—¿Y habrá cuartos?

—¡Ya lo creo!...

Pues si es toda una persona
el padrino: dice *el Tizne*
que trajo bastón de borlas.

—Será del Ayuntamiento.

—Ó médico ú otra cosa.

—Yo he oído á los simones
que los tomaron por horas
en la posada del Peine,
junto á la calle de Postas;
que han venido muy despacio,

y que desde la parroquia
llevarán la comitiva
al café de la Concordia.

—Pues, como no haya bateo,
di tú que armamos la gorda.

—Y que seguimos los coches.

—Y que no para la bronca
hasta que arrojen más perros
que los que mata *la bola*.

En esto se abre la puerta
y salen con parsimonia
la madrina con el ama,
y otras cuatro ó seis personas
que á los coches se dirigen,
en tanto que les acosan
los muchachos harapientos
que hasta el paso les estorban.
—¡Padrino, un perro!

—Madrina,

carita de generosa,
eche unos cuartos al aire
para que éstos los recojan.

—¡Bateo!

—Tomad, y basta.

—Padrino, á mí no me tocan...

—Ése se los ha llevado.

—Un centimito, señora.—

Y entre gritos de ¡bateo!
al cabo los coches toman,
y los caballos emprenden
su carrera fatigosa,
mientras que lanza el padrino,
para librarse de moscas,
monedillas de dos céntimos,
que cunden más que las otras.

.....
Dentro de la sacristía
también se guarda memoria
del bautizo y del producto
que ha dejado á la parroquia;
y como alguna propina
suele ocasionar discordias
y hay monaguillos muy tercos
y hay monedas muy hermosas,
á cara y cruz se las juegan,
porque la suerte disponga
quién ha de poder gastarlas
en un tendido de sombra.

¡AL AGUA, PATOS!

¡Hace un calor, qué me río!
El sol nos manda sus rayos
con intentos de que todos
muramos achicharrados.
¡Quién fuera cual los chicuelos
que van corriendo y saltando
desde la aldea hasta el río
donde éste forma un remanso,
con el ánimo resuelto
de propinarse un buen baño,
dando envidia hasta á los peces
por sus movimientos rápidos!
No hay casetas, ni bañeros,
ni cordeles; ni hay á mano
vejigas, tablas ni corchos,
ni inútiles aparatos.
Mas ¿qué importa, si los chicos,
sólo por coger dos cuartos
al fondo del río bajan,

sin entenderlo, buceando?
¡No dije!... Y que tienen prisa,
pues sin tomarse descanso,
sudando aun por la carrera
que desde el pueblo tomaron,
sin mirar si llega gente,
que les tiene sin cuidado,
sin pudor y sin respetos
preparan el espectáculo.
¡Fuera blusas y calzones!
¡Fuera medias y zapatos!
¡Fuera camisas, que estorban
tantas prendas para el baño!
Ya que nada les adorna,
Adanes de doce años,
gritan tomando carrera
y en seguida: ¡Al agua, patos!

El agua tranquila adquiere
movimientos desusados
al agitar de las piernas
y al azotar de los brazos
de los chicos nadadores,
que en ello lucen su garbo;
saltan rizadas espumas
por donde salta un muchacho,
y se cruzan las corrientes
que forman éstos nadando.

Unos á otros se persiguen,
y con bélico entusiasmo
se arrojan á las cabezas
chorros de agua con las manos,
ó de las piernas se tiran,
ó se cruzan como obstáculo,
si nadan en competencia
algunos de los muchachos.
Ellos, los que en el invierno
profesan horror tan santo
al agua, que no saluda
ni su cara ni sus manos,
ahora están en su elemento
y ponen sus entusiasmos
en emular á los peces
zambulléndose y nadando.
Mas ¡ay! que están en el pueblo
prohibidos los tales baños
para evitar se repitan
accidentes desgraciados,
y que el alcalde es muy rígido,
y tiene guardas de campo
que bajo pena de multas
hacen que se cumpla el bando.
Uno de los tales guardas,
que ha seguido á los muchachos,
llega á la orilla del río,
recoge ropas y trapos,

y se aleja muy tranquilo
llevándolos bajo el brazo.
Los chicuelos, que lo advierten,
salen de las aguas rápidos
y al guarda siguen desnudos
por sus vestidos clamando,
hasta que cerca del pueblo
se apiada aquél de los llantos
y devuelve los vestidos,
de un sermón acompañados.
¿Escarmentarán los tunos?
Me inclino á creer lo contrario.
Á lo sumo, los prudentes,
sin renunciar á los baños,
volverán á echarse al río...
aunque con ropa y calzados.

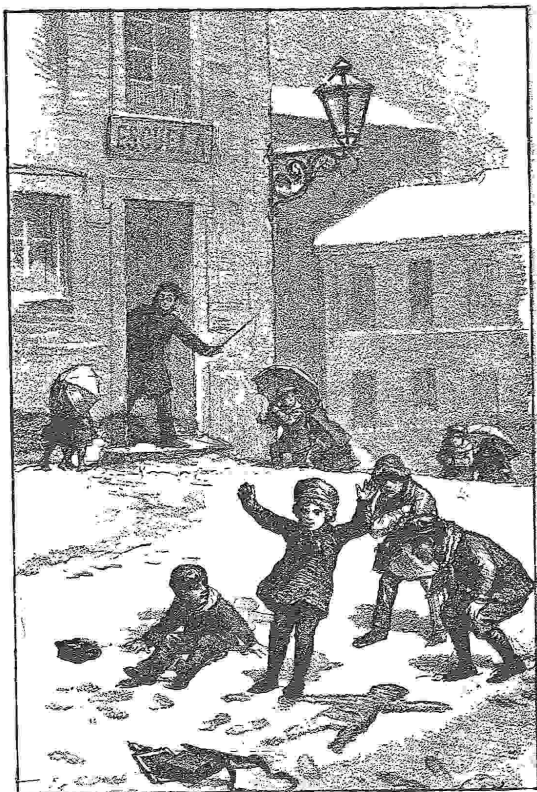
EL SANTO DEL ABUELO

Ya estamos en Septiembre
y muy pronto en invierno;
celebrase este día
el santo del abuelo.
Perico y Mariquita
presentan sus obsequios
tras mil preparativos
que sólo saben ellos.
Perico haciendo estaba
unos hermosos versos;
mas los leyó á su padre,
burlándose al leerlos.
¿Estaban mal medidos?
¿Tendría algún defecto
la obrilla bautizada
con nombre de soneto?
Perico, sospechándolo,
quiso romper sus versos.
María, que ha pasado

seis meses de colegio
bordando unas babuchas,
al fin notó que el tiempo
para jugar es rápido,
para el trabajo es lento.
Sólo para un pie tiene
con lo que lleva hecho;
y como, por fortuna,
dos pies tiene el abuelo,
aplaza aquel regalo
allá... para Año Nuevo.
Y el día está ya próximo,
y el cariñoso viejo
aguarda fijamente
regalos de sus nietos.
Los padres, previsores;
acuden á buen tiempo:
la madre echa una mano,
y en muy escaso tiempo
la tela ya bordada
se entrega al zapatero...
¡Cuando una madre borda
saben volar sus dedos!
Papá, sin ser poëta,
mide muy bien los versos,
y con paciente calma
reforma aquel soneto,
que en orla de dorados

el niño copia luego.
No es de extrañar, por tanto,
que estén todos contentos;
que logre sus regalos
el cariñoso abuelo,
y diga al recibirlos,
con conmovido acento:
«Preciosas zapatillas:
demuestran bien tu celo
y aplicación, lo mucho
que se hace en tu colegio...
Sé siempre aplicadita
y toma en pago un beso.
Y tú, joven poëta,
denotas bien el estro
y el gusto y la medida
con tus hermosos versos.
Si cultivando sigues
tan peregrino ingenio,
al español Parnaso
vas á subir ligero.»
Los nietos sólo entonces
y allá, en su fuero interno,
lamentan los auxilios
que por cumplir tuvieron.
Sonríense los padres;
mas guardan el secreto,
y en torno del anciano

respírase el contento;
porque el amor que abrigan
los corazones tiernos
es fuente de venturas
con que nos brinda el cielo.



LA ESCUELA DEL PUEBLO



LA ESCUELA DEL PUEBLO

La mañana es triste y fría,
triste la tierra, cual siempre
que encubre sus ricas galas
copiosa capa de nieve.
Silencio por todas partes;
parece que el pueblo duerme,
y no hay quien salga á los campos
ni por la plaza pasee;
y á no ser porque ya el humo
las chimeneas expelen,
y porque los gallos cantan
y disputan las mujeres,
diríase que en el pueblo
cayó, á la vez que la nieve,
sobre sus fuentes de vida
el sudario de la muerte.
Pausadamente en la torre
el reloj marca las siete;
y cual si á un conjuro mágico

los muchachos respondiesen,
van saliendo de sus casas
como el que salir no quiere,
y soplándose las uñas,
bostezando y encogiéndose.
Pisando con precauciones
y cayendo algunas veces,
á la escuela se dirigen,
donde ya espera don Lesmes,
ansioso de transmitirles
la ciencia en que está muy fuerte.
Dos, tres, cuatro, cinco chicos
poco á poco van reuniéndose;
luego llega el del alcalde
más tarde de lo que suele;
el del regidor don Cleto
haciendo el número siete,
y luego dos más, y cuatro,
once, doce, quince, veinte,
que en el pueblo de seguro
hay abundancia de nenes.

Ya en el local de la escuela
está el número de siempre;
prueba de que los chicuelos
no tienen miedo á la nieve;
y unos saltando los bancos,
y otros jugando á alfileres,

muy pocos dando un repaso
á las *Reglas de la Higiene*,
ó estudiando en la *Gramática*
la concordancia y el régimen;
muchos dándose pellizcos
en los sitios donde duelen,
y todos hablandó á un tiempo
en diapasón diferente,
forman un conjunto extraño,
al que da término en breve,
cerrando tras sí la puerta,
el que rige á aquella gente.
Qué pasa dentro se ignora:
inquiéralo quien quisiere,
que en «el templo de Minerva»,
según le llama don Lesmes,
los profanos y curiosos
no pasamos los dinteles.
Así al descuido aprendemos
que tres y cuatro son siete;
que entre los primeros cabos
figura el de San Vicente;
que Sevilla no está al Norte,
ni lindan Cádiz y Orense,
con otras muchas verdades
que en dicho templo se aprenden.
De pronto se escucha un ruido
seco, rudo y estridente,

como el choque de correas
contra otros cueros más débiles,
con arias sentimentales
y coros de varia especie.

Y así transcurren tres horas,
y al dar las diez puede verse
que el templo sus puertas abre,
y que atropelladamente
la caterva de muchachos,
cumplidos ya sus deberes,
sale gritando y corriendo
y tirándose en la nieve,
haciendo con ella bolas
que á fuerza de rodar crecen.
Unos formados en bandos
de aguerridos combatientes,
con pellas de nieve blanca
se persiguen y acometen;
otros cuantos, más pacíficos,
hacen en un periquete
una figura muy alta
modelada por la nieve,
y al rematar la cabeza
ponen en sus flacas sienes
un gorro muy puntiagudo
y una borla en su copete.
Sin estudiar escultura,

de afición únicamente,
tal acierto los artistas
en su obra citada tienen,
que cuantos cruzan la plaza
por marchar á sus quehaceres
sonríen viendo la estatua,
y hasta murmuran: ¡Don Lesmes!

EL MIMO

—Papá, en el bazar he visto
un tren con coches y máquina:
en dándole cuerda á ésta
tira de verdad y anda.

Yo quiero que me lo compres;
papá, me hace mucha falta:

—Hijo mío, eso es muy caro,
y mi hacienda es bien escasa.

—Papá, yo lo quiero...

—Niño,
tienes muñecos, estampas,
un teatro, un fusil, un casco,
pelota, un aro, la espada...

—Pero un camino de hierro
como ése, no tengo en casa.

—Más adelante... pudiera...

—Sí... ¡Ya no me quieres!

—¡Vaya!

—Y eso que me ves malito:

la cabeza se me marcha
y sufro males de nervios...
¡No te aflige mi desgracia!
—Sea todo como tú quieres,
compraremos esa máquina.
—¡Qué bueno eres, papaíto!
—Como con tu antojo salgas
soy muy bueno... ¿Qué te duele?
—Ahora no me duele nada.

.....

—Papá, en el Circo de Price
hay función extraordinaria:
catorce clowns, pantomima,
una colección de ratas,
uno que anda de cabeza
y sin apoyarse en nada,
y otro que bebe petróleo,
luego una mecha se traga
é ilumina todo el circo...

Le llaman el *hombre-lámpara*.

—Ya no se encuentran billetes
por un ojo de la cara,
y además de que diluvia
está muy lejos de casa.

—¡Pues yo quiero ir hoy al Circo!

—Hoy no es posible... Mañana.

—Mañana estaré muy malo,
porque ahora siento unas ansias

y unos mareos terribles.

—Pues en esas circunstancias es prudente que te acuestes.

—¡Si en saliendo se me pasa!

—Que no es posible, te he dicho.

—¡No me complaces en nada, no me quieres!

—Vaya, vístete y vámonos.

—¿No me engañas?

No hay papá más cariñoso.

—Haciendo cuanto tú mandas...

—¡He de darte tantos besos!

—Quiera Dios que esta enseñanza no nos pese en adelante ni origine tu desgracia.

.....

El mimo es germen nocivo que vicia, seduce y mata.

De pequeñuelos nos gusta, más tarde en edad se avanza, y va mostrando la vida fases jamás esperadas.

Al mundo le pide el hombre igual que á un padre en su infancia, y el mundo, que es más severo, no suele otorgarle nada.

Ya entonces no sirven mimos,

caricias interesadas,
ni enfermedades fingidas,
ni enfermedades exactas;
y tal vez ingratitudes
propias de la especie humana,
en contra de un padre muerto
en el hijo vivo se alzan.
“Si soy infeliz, repite,
si hoy me acosa la desgracia,
si no sé sufrir mis males
ni sé privarme de nada,
no es mía la culpa toda,
tiénela también no escasa
quien en su ciego cariño
no supo guiarme en la infancia...
¿Por qué me compró mi padre
el ferrocarril con máquina?
¿Por qué consintió en llevarme
á que viese al *hombre-lámpara*?”

La moraleja del cuento
me parece que es bien clara:
sáquenla padres é hijos,
que ellos me darán las gracias.

LA NIÑA MUERTA

Una habitación humilde
que blancas paredes muestra;
cuatro cirios encendidos;
mujeres que hablan ó rezan;
encima de pobre cómoda
una lamparilla trémula
que á una Dolorosa alumbra,
imágen de la tristeza;
en lecho lleno de flores
una niña inmóvil, yerta,
cerrados sus ojos dulces,
cruzadas sus manos bellas.
Blancas gasas son su adorno,
y no se comprende, al verla,
si está la niña dormida
ó si descansa al fin muerta.
Los dolores agitaron
su débil naturaleza;
distinguidos profesores

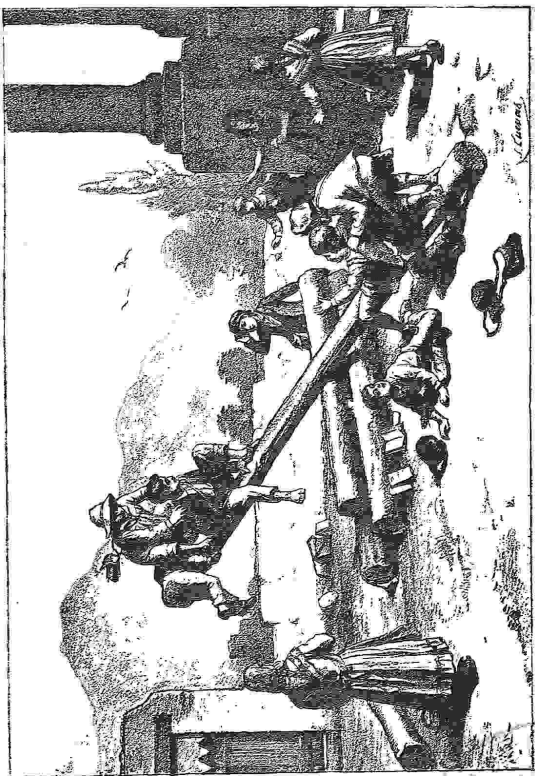
vieron á la niña enferma;
pero el Cielo, que dispuso
que naciese á la existencia,
para el coro de sus ángeles
reclamó á la niña bella.

Por eso las tenues gasas
su cuerpo gentil encierran;
por eso, en lecho de flores
descansa pálida y yerta;
por eso, cuando los ángeles
á otras regiones excelsas
acudieron con un alma
para premiar su pureza,
el cuerpo quedóse inmóvil
entre gasas y azucenas,
cerrados los dulces ojos,
cruzadas sus manos bellas.
Junto al lecho las vecinas
charlan en tanto la velan,
recordando de la niña
las graciosas ocurrencias,
los juegos y travesuras,
las infantiles reyertas,
su aplicación para todo,
su humildad y su modestia.
Otra mujer, más distante,
en negro mantón envuelta,
ni á las vecinas atiende,

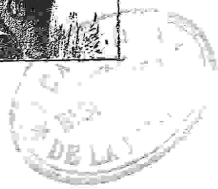
ni sus coloquios observa;
ni aun parece que en el mundo
habita, ni se da cuenta
de aquella escena tristísima
y para su bien funesta.
De vez en cuando un sollozo
determina su existencia,
ó entre lágrimas de fuego
y palabras inconexas,
piensa ó gime, reza ó llora,
y da aumento á sus tristezas
con un mundo de ternuras
que las madres sólo aprecian.
Á veces nace en sus labios
una terrible protesta
contra los fallos divinos
que á soledad la condenan;
pero bien pronto sus ojos
hacia la imagen se elevan,
y la Virgen Dolorosa,
triste y sola como ella,
vertiendo cual ella lágrimas,
enlutada y macilenta,
le parece que se asocia
compadecida á sus penas,
y que llora con la madre
y que amante la consuela.

.

Y así transcurre la noche,
y nace el alba risueña,
y el sol la luz de los cirios
obliga á que palidezca.
Después, nuevos personajes
animan aquella escena;
el movimiento renace,
la vida en la casa impera;
y una pobre madre á poco
cae de hinojos en la tierra,
pidiendo á gritos á su hija
que entre dos hombres se llevan.



LA BALANZA



LA BALANZA

Tres árboles en el suelo
como base necesaria,
y otro que los cruza encima
sirviéndoles de balanza.
Como el peso en sus extremos
ya lo eleva, ya lo baja,
sirve muy bien de columpio
á los chicos de la Plaza.
Primero están Juan y Pedro
columpiándose á sus anchas;
después el chico del médico
y los de la boticaria,
el sobrino del alcalde,
el hijo menor del guarda,
el del tío *Mantalhombro*
y el de la tía *Calandria*,
todos á uno ú otro extremo
se suben de la balanza,

y la imprimen movimiento
y velocidad tan rápida,
que ha de ser hasta un milagro
si no necesitan árnica.
Más pacíficas, las chicas
miran la escena asustadas,
y hasta han vertido la idea
de mandar que venga el guarda
ó que al alcalde se acuda
aunque mande una alcaldada.
Y los muchachos, en tanto,
ora suben, ora bajan,
y alegremente celebran
las subidas y bajadas.
Al cabo el madero toma
una inclinación extraña,
y huye del punto de apoyo,
y al fin en tierra descansa.
Mas ¡ay! que con su caída
sufren rudas costaladas
los que, montados poco antes,
le usaron como balanza;
y unos, magullados, lloran,
y otros cojean cuando andan,
y algunos en la cabeza
conservan señales claras
de haber la tierra besado
sin devoción de besarla.

Juegos que riesgos ofrecen
y no encierran enseñanza,
podrán ser muy divertidos,
pero no me gustan nada.
Y pues la ocasión se presta
y el dibujante lo manda,
inclúyase entre los mismos
el juego de *la balanza*.

LOS CHICOS DE LA CALLE

Desarrapados, teñidos
por la mugre y por el aire,
acosados muchas veces
por el hielo y por el hambre,
su ayer ni lo saben ellos
ni acaso lo sepa nadie;
su mañana es otro arcano
terrible é indescifrable,
y el hoy lo vemos tranquilos,
sin tratar de remediarles
en sus legítimas quejas
y en sus misteriosos ayes.
Pobres niños, á la vida
bajaron con alas de ángeles,
y muy pronto se mancharon
con el fango de la calle.
Indiferentes é inquietos,
en su libertad salvaje
van huyendo de la escuela

y caminando á la cárcel.
Del pueblo rico utilizan
los desechos miserables;
la caridad de un trapero
suele surtirles de traje;
mendigan el pan á veces
y comen mal, poco y tarde,
de las sobras del convento
ó del rancho que reparten
en cuarteles y en asilos,
empresas ó sociedades.
Donde la noche les coge
cuando han aplacado el hambre
se duermen, como entre plumas
puede dormir el magnate.
El quicio de alguna puerta
es para ellos lo bastante,
ó allí donde alguna obra
recoge sus materiales;
y apenas despunta el día
ya están despiertos y ágiles,
de lo que salta viviendo,
y aun haciendo porque salte.
Luego á jugar á las chapas,
á correr los arrabales,
á meditar travesuras,
que algunas suelen ser graves;
acaso á encontrarse objetos

antes que los pierda nadie.
De Dios y de los deberes
tal vez alguno les hable;
es fácil que les adviertan
que los vínculos sociales
les dan derechos; pero ellos,
con un desdén disculpable,
se encogen de hombros, creyendo
que acaso quieren privarles
de la libertad que gozan
como dueños de la calle.
Fuman desde pequeñitos
las colillas de los grandes;
por sus dormidas conciencias
nada basta á despertarles,
y las lecciones primeras
toman acaso en la cárcel.
Allí pensarán sin duda
que otros niños tienen padres;
que su culpa muchas veces
nació de fatalidades
que aprisionaron su vida
y emponzoñaron su sangre.

Niños, los que sois felices;
niños, los que tenéis padres,
y casa que os da su abrigo,
y pan, y maestros, y trajes,

meditad algunas veces
en que hay muchos semejantes
que pasan hambres y fríos,
que duermen en los portales,
y cuando podáis hacerlo
tratad de regenerarles...,
ya que nosotros no hicimos
nada para un fin tan grande.
Y no olvidéis un momento
que, entre otros deberes graves,
algo debe hacer el mundo
por los chicos de las calles.

HABLAR POR LOS CODOS

Mi vecino Ricardito
es, según cuantos le tratan,
de pensamiento veleta
y torrente de palabras.
No sé si es guapo ó si es feo,
no sé si huelga ó trabaja,
ni si tiene ideas rectas
ó costumbres depravadas,
pues con dos ó tres minutos
que se esté con él al habla
hay más de lo suficiente
para salir de escapada.
Despierta al rayar el día;
ve pasar á la muchacha,
y ya tiene buen pretexto
para comenzar su charla.

«¡Justina! ¿Qué tal el día?
¿Hace sol? ¿Barruntas agua?

¿Qué hay de almuerzo? Ten cuidado
no se lo coma la gata...

He tenido un sueño horrible.

Soñé que me despeñaba
de monte en monte, dejando
mis carnes entre las zarzas.

Pero yo en sueños no creo:

¿y tú? No me digas nada...

Tú no es posible que sueñes.

¿Y ya te vas á la plaza?

¿Se han despertado mis padres?

Pero, mujer, ¿no me hablas?

Toma, y se marcha tan fresca...

¡Será tonta esa muchacha!»

Ricardo empieza á vestirse,
y aunque está solo en su estancia,
prosigue con sus monólogos
y, como siempre, en voz alta.

«Ya está la camisa: ahora
nos mudaremos de elástica...

¡Qué fría está! Bien pudieran
darme la ropa templada.

Esta manga hoy es más corta,
esta pernera es más larga:
ahora saltan los botones...

Voy á salir hecho un facha.

Creo han llamado á la puerta...

Esto sí que tiene gracia...

¡Ah! el panadero; le abro,
que el asunto es de importancia.
Bien venido, panadero;
vienen calentitos, ¡cáscaras!
Para no quemarse es fuerza
recogerlos con tenazas.
¡Y qué! ¿Hay muchos parroquianos?
Bien suda usted lo que gana
repartiendo estos productos
preciosos de casa en casa.
¿Por qué no toma otro oficio?
Cochero, ayuda de cámara,
vigilante de consumos
ó de orden público guardia.
¡Qué! ¿Se va usted? ¿Tiene prisa?
No me extraña... No me extraña...
Pues con esa misma fuga
confirma usted mis palabras.
Eso no es vivir siquiera...
¡Es volar sin tener alas!»

Ricardo se lava luego;
y como al lavarse aun habla,
traga porción respetable
del líquido en que se lava.
Toma chocolate el niño
y al tomarlo se atraganta,
que el camino de las sopas

obstruye con las palabras.
¡Ea! Ya llegó el maestro;
ya la obligación le llama;
pero Ricardo no deja
su locuacidad por nada.

«¡Oh! ¡Don Juan! ¡Usted tan fuerte!
No hay rayo que á usted le parta...
Mi señora Doña Práxedes
está más averiada.
Ayer la vi en Recoletos
con su perrito de aguas,
su cofia de bridas verdes
y su mantón de escarlata.
Se conoce que de joven
debe haber sido muy guapa;
pero los años destruyen
á las columnas más altas.
Usted es quien no varía...
con sus orejas de nácar
y sus ojos escondidos
tras de las azules gafas.
Sí... ya sé lo que me dice...
que sí estudié la gramática.
¡Vaya si estudié! Por señas
que le faltan treinta páginas...
Las de la lección del verbo
que para hoy me señalara.

Pero ya sé que los nombres
con sus adjetivos marchan;
algo sé de los artículos;
de los verbos, poco ó nada;
pero en cuanto compre el libro,
y he de hacerlo así que salga,
de seguido he de estudiarme
doce, quince ó veinte planas.
¿Pregunta usted por la Historia?
Pues no sé dónde se halla:
la buscará la Justina
al tiempo de hacer las camas.
Ahora debe usted marcharse
á utilizar la mañana,
pues hace un sol que convida
á una buena caminata.”

Si Ricardo se reúne
con otros niños, su charla
todos los juegos impide,
corta impresiones extrañas,
domina á sus compañeros,
les aturde y avasalla,
y no deja que ninguno
de los demás meta baza.
Por eso huyen de Ricardo
los muy pocos que aun le tratan
y que habían de quererle

si le vieran con mordaza.
¿Qué será de nuestro niño
cuando termine su infancia
y se haga un hombre y medite
el porvenir que le aguarda?
Si tiene un poco de suerte,
representante en las Cámaras,
orador elocuentísimo,
político de importancia,
jefe de partido acaso
y cuanto quiera en España.
Si la fortuna es adversa,
será un charlatán sin gracia,
de quien huya todo el mundo,
pues su turbión de palabra
tan sólo podrá sufrirse
prevenidos de paraguas.



EL NIÑO ENFERMO



EL NIÑO ENFERMO

Nada tal cuidado inspira
ni causa tales desvelos,
como el ver á un pobre niño
grave dolencia sufriendo.
Inquieto el padre, pasea
mil veces el aposento;
la madre espía el quejido
periódico del enfermo,
se inclina sobre su frente,
estudia el pulso violento,
y al apartarse del niño
sin alejarse del lecho,
en su pañuelo recoge
llanto que vierte en silencio.
Los hermanos del doliente
pusieron tregua á sus juegos,
y se hallan en otras casas,
tal vez del contagio huyendo.

Y en habitación cercana
hablan del caso muy serios
las comadres y vecinas,
los amigos y los deudos.
Cuál dice que tuvo un hijo
al que daban ya por muerto,
y que con flores cordiales,
calaguala y flor de helecho,
curó y se puso más fuerte
que antes de sentirse enfermo.
Cuál refiere que en medio año
perdió dos hijos mancebos,
más que del cólera-morbo,
por la ignorancia del médico;
cuál enumera sus hijos
desde el mismo nacimiento,
azares por que pasaron
y males de que murieron;
y todas, unas tras otras,
al actual caso volviendo,
al ver tan malito al niño
se indignan contra el galeno,
é indican, en confianza,
los varios procedimientos
de la vulgar terapéutica
que se transmiten los crédulos.
—Yo le pondría en seguida
un redaño de cordero.

—Yo, un golpe de sanguijuelas.

—Pues yo, un parche del ungüento
que hacen las monjas del Pardo
sin revelar el secreto.

—Yo, de aceite de ricino,
mezclado con cal y hierro,
le daría varias tomas
en cortadillos pequeños.

—Yo, un revulsivo muy fuerte
sobre el vientre y bajo el pecho.

—Yo, cantáridas.

—Yo, unturas
de alcohol y un purgante enérgico.

—Con culantrillo y ruibarbo
se pondría al punto bueno.

¡Pobres de los tristes padres!
Entre tan varios criterios
sólo saben que su niño
padece y se está muriendo;
que la fiebre le devora;
que tiene cerrado el pecho,
y que congojas terribles
le atacan cada momento;
pero de tantos recursos
y tan extraños remedios,
ni entienden una palabra,
ni obtienen grandes consuelos.

De pronto la puerta se abre
y entra á su visita el médico;
pula al niño, ve sus ojos,
le mueve, le ausculta el pecho;
y los padres, estudiándole
y adivinando sus gestos,
ni aun á preguntar se atreven
cómo se encuentra el enfermo.
Pide papel y una pluma
y el doctor rompe el silencio.
—No está peor...; sin embargo,
no afirmo nada concreto:
nuestra ciencia es muy oscura,
muy escasos nuestros medios,
y muy terribles las cifras
de los pobres niños muertos.
Ventilación, poca gente,
pocos recursos caseros,
que tome esta medicina
pronto, y ya veremos luego.
¿Que está agitado? No importa.
¿Que suda mucho? Eso es bueno.
La dolencia va á hacer crisis,
y todo de ésta lo espero.

Y las comadres y amigas,
y los vecinos y deudos,
que piensan que les ha oído,

por ciertas frases, el médico,
siguen hablando en voz baja,
y hasta se vengan, diciendo:
—Dos minutos, dos renglones,
y ya ha ganado el dinero:
lo que es á éste que no llamen
aunque yo me esté muriendo.

Y llega, al cabo, la crisis,
y el niño se pone bueno,
y á alegrar vuelve la casa
con sus risas y sus juegos.
Entonces las lenguas callan
de murmuradores necios,
ó siguen cortando sayos,
si en ello tienen empeño;
y sólo los pobres padres,
trocado el lloro en contento,
bendicen á Dios con júbilo...,
y algunos pagan al médico.

LIMOSNA DE JUGUETES

Ante los escaparates
que son adorno y defensa
de los bazares modernos
ó de más humildes tiendas,
se pára un pobre muchacho,
y allí extasiado contempla
aquel mundo de juguetes
que inútilmente desea.
Es pobre, y las privaciones
acibaran su existencia;
tan pobre, que hasta carece
de padre que le mantenga
y de madre cariñosa
que con sus besos le ofrezca
compensación á otras faltas
y alivio de otras miserias.
Y el niño ve los juguetes,
y al cabo de allí se aleja,

inútilmente ocultando
las lágrimas que le queman.

.....

Niños felices y ricos,
para quien la vida es senda
de flores é inagotable
fuente de dichas supremas,
no deis sólo pan al pobre,
no le deis sólo monedas:
dadle cariño y consejos,
dad esperanza á sus penas;
y si del niño mendigo
observáis con qué tristeza
vuestros juguetes admira
y con afán los contempla,
dadle, y le haréis muy dichoso,
de limosna una muñeca.

JUSTICIAS Y LADRONES

¡Qué carreras! ¡Qué barullo!
¡Qué agitarse y qué gritar!
Unos á otros se persiguen
con inusitado afán.
¿Es el *marro*? No es el *marro*,
porque no les vi chapar...
Para salir de mis dudas
detengo al paso á un rapaz
y dándole un caramelo
le preguntó:—¿Á qué jugáis?
—Á *justicias y ladrones*.
—Vamos... sí: un juego social.
¿Y cómo se juega á él?
—Pues mire usted: Pedro y Juan,
con otros cuatro muchachos
de su misma vecindad,
son los ladrones; asaltan
á Dieguito y á Tomás,
les roban, les asesinan,

y se marchan á ocultar.

—Ya voy entendiendo.

—López,

que hace aquí de tribunal,

manda á la Guardia civil

que salga al punto detrás

y los coja... y á la cárcel.

—Muy buena ejemplaridad.

¿Y acaba con eso el juego?

—No, señor; aun falta más.

Pedro, uno de los ladrones,

se logra al fin escapar

de la cárcel.

—¿Y los otros?

—Como también juega Illán,

hace de Gobierno.

—¿Y ése?...

—Ese... ¡indulta á los demás!

¡SIN POSTRE!

En el mundo en que vivimos
no suelen faltar doctores
que en recursos terapéuticos
son tan mezquinos ó pobres,
que para todos los males,
accidentes y dolores,
sólo prescriben la dieta
ó polvos blancos de Dówer.
Dieta si se anuncia fiebre,
Dówer si el enfermo tose,
y flor de malva á lo sumo,
que eso ni quita ni pone.
¿Duele la cabeza? Dieta.
Si *cetera membra dolent*,
dieta..., y cama..., y flor de malva...,
y polvos blancos de Dówer.
Para curar á los niños
hay también otros doctores
que ni cursaron en aulas
ni hicieron oposiciones;

pero que recetan siempre
en bien de la gente joven
una heroica medicina
de grandes aplicaciones.

—¡Cómo! ¿Aun estás en la cama
habiendo dado las once?
¿Aprendiste la gramática?
¿Hiciste ya los palotes?
¿Que aun tienes sueño me dices,
y dormir más te propones?
Perfectamente, Luisito,
duerme cuanto se te antoje;
¡pero desde ahora te advierto
que hoy te quedarás sin postre!

.....
—¡Desastrado! ¡El nuevo traje
lleno ya de lamparones!
¿Piensas que somos banqueros?
¿Quieres que tu padre robe?
Tirándote por los suelos,
dándote siempre de golpes;
recogiendo todo el polvo
que encuentras en los rincones;
de nada sirve que yo
te cosa todas las noches,
si á la mañana siguiente
lo que he cosido descoses.

Bien sé que no me haces caso,
ni atiendes á mis sermones;
pero en tu mala conducta
hora es ya de poner orden.

¡Pues que has manchado la blusa
y roto los pantalones
y abollado tu sombrero,
hoy te quedarás sin postre!

.....

—¿Te has examinado, Crispulo?
¿No contestas? ¿No respondes?...
¡Cómo! ¿Has guardado silencio
con los examinadores?...

No sé cómo me contenga...

Te dieron allí temblores...

Que no supiste el dativo
al declinar *homo*, *hominis*...

Que en la Geografía luego
te tocaron las lecciones

de un día en que no estudiaste
porque estuviste muy torpe...

Bien, hombre, nada de apuros;
por el *suspenso* no llores;

mas como es justo que cambies
y no me des desazones,

¡desde Junio hasta Septiembre
vas á quedarte sin postre!

.....

—Vienes chorreando sangre
y cuajado de chichones
por andar en cachetinas
con otros chicos mayores...
No lo niegues, que te han visto
en la calle de San Cosme
echando la zancadilla
á ese grandullón de Jorge
y zurrándoos de lo lindo
entre escándalos y voces.
Ya sé que eres un valiente,
y que á ti nadie te tose,
y que basta que te miren
para que empieces á golpes;
pero yo, para valientes
que á todos riesgos se exponen,
tengo un remedio magnífico:
¡el de dejarles sin postre!



PRECOCIDADES





NIÑOS PRECOCES

Hermoso sitio es el Prado
de Cibeles á Neptuno
para estudiar de los niños
las tendencias y los gustos.
Andando poquito á poco
y oyendo con disimulo
iremos tomando notas
para un romancillo al uso.

Delante de mí pasean,
derechos como unos husos,
graves como magistrados
y mostrando grandes humos,
un muchachuelo moreno
entre dos amigos rubios:
aquél lleva la palabra
y éstos le escuchan confusos.
«Decididamente, el hombre
va siguiendo malos rumbos:

llena sus fines la planta,
cumple su misión el bruto,
todo se agita y renueva
en armónico conjunto:
¡sólo es la excepción humana
la que origina disturbios
y entorpece la serena
grandiosa marcha del mundo!»
El filósofo tenía
diez ú once años á lo sumo.

.....

Un jaleo hay por el centro.
—¿Qué es?
—Que han sorprendido á uno
que iba «afanando» relojes
y que ha huido.

—Estoy confuso...
—Huyó por entre las piernas
de un agente de orden público.
No era rata, un ratoncillo
ojeroso y delgaducho,
de algunos ocho ó diez años,
que hasta el mes de Mayo estuvo
cumpliendo ya otra condena
por hacer lo ajeno suyo.

.....

Muchos chicuelos riñendo:

oigamos con disimulo.

—¿Sitio?

—Detrás del Museo.

—¿Hora?

—Al próximo crepúsculo.

—¿Armas?

—Dos revolvers bastan.

—Mis padrinos, Luis y Augusto.

—Los míos, Juan y Cesáreo.

—Me pagarás tus insultos.

—¡Eso quiero, que los dos
no cabemos en el mundo!

.....

—¿Juegas al *marro*?

—¡Yo al *marro*!

Busca á otros iguales tuyos.

Yo tengo ya trece años.

—No vi que estabas caduco.

¿Pues á qué juegas?

—No juego:

leo, medito, me instruyo,

y me preparo á ser hombre.

Ahora he formado en el grupo

de posibilistas jóvenes,

sectarios del *gran tribuno*.

—Pues mi papá dice siempre

que corra y que salte mucho,

y que utilice estos años

desarrollándome.

—Es justo:

tuvieron en Grecia y Roma
gimnasios; mas yo me escurro
de vuestros juegos, y sueño
con la redención del mundo.

Hay derechos que aun se niegan
á muchos hombres, á muchos...

Mira, ayer lo dijo *El Globo*.

—Yo tan sólo leo *El Mundo*.

—¿*De los Niños?*

—*De los Niños.*

—¡Infeliz!

—¡Con él me instruyo,
y quiero correr!

—Pues corre:
no discutiré tus gustos.

—Vaya, adiós.

—Tiene diez años,
y aun juega... ¡Pobre Raimundo!

.....
Junto al corro de las niñas,
fumándose sendos puros,
con los sombreros terciados
y estirándose los puños,
Luis Mejía y Juan Tenorio
molestan con sus discursos
á las niñas, ó las hacen

toser echándolas humo.
Con flores que no les pegan,
y requiebros prematuros,
y billetes amorosos,
y palabras de mal gusto,
los niños irresistibles,
conquistadores de suyo,
en vez de jugar al toro,
prefieren hacer el burro.
Cierto que también las niñas
alientan tales abusos,
y se confían secretos,
y se consultan escrúpulos,
y sonríen al Tenorio,
y cuentan que el año último
un amante desdeñado
se quiso matar en Lugo.
Y yo, al mirar estos niños,
siento irresistible impulso
de decir:—Vaya, señores,
termine esta farsa al punto:
las niñas á su colegio,
los chicos al Instituto,
unas á aprender bordados
y otros á estudiar gerundios.

.....

Por allí corre la gente.
—¿Qué ha ocurrido?

—Que á Neptuno
se ha tirado de cabeza
un niño.

—¿Y salió?

—Sí, al punto
le sacaron unos guardias.
Nada... un remojón y el susto.
—¿Jugando acaso?

—¿Jugando?
No tal: en las verjas puso
un papel al juez de guardia,
en que dice: «Á nadie culpo:
que no se persiga á nadie,
pues me mato por mi gusto.
He cumplido ya ocho años,
y estoy cansado del mundo.»

CORRIDA EXTRAORDINARIA

Cerca de los Ocho-Hilos
y la Puente Toledana,
en un hondo que el terreno
dispuso en forma de plaza,
prepáranse á dar funciones
de corridas tauromáquicas
varios émulos futuros
del Guerra y de Cara-ancha.
Forman hasta hoy las cuadrillas
Perico Gómez (el Rata),
Juan García (el Barquillero),
Donato Gil (el Calandria),
que pican, banderillean
simultáneamente y matan,
y que en caso necesario
se plantarán la banasta,
para mayor lucimiento
de la función que preparan.
Agregados á estos diestros,

de muy merecida fama,
porque en habiendo moruchos
ya están saltando á la plaza,
figuran Juanito Dengue,
los dos chicos de la Cándida,
maestra de un rancho de puros
de la madrileña Fábrica;
el sobrino del cerero
de la calle de la Pasa;
los nietos del boticario,
cuyas aficiones marca
el afán de hacer novillos
en vez de asistir al aula,
y otros varios lidiadores,
incluso el cojo Berlanga,
que sin soltar las muletas
maneja también la capa,
y da con su pañizuelo
verónicas y navarras.

Con el mes de Abril llegaron
la Primavera y la Pascua,
y sin carteles, ni abonos,
billetes ni zarandajas,
comienzan nuestros toreros
la corrida extraordinaria.
La Presidencia en un árbol;
la concurrencia algo escasa,
y la autoridad ausente....,

como siempre que hace falta.
Hecho el paseo de rúbrica,
aunque sin cambiar de capas,
que en esto anda la cuadrilla
muy poco abundante en galas;
sin timbales, ni clarines,
ni el despejo de ordenanza,
Juanito se monta en Diego
y empuña una gruesa vara;
y Luis se sube en Dionisio,
pues también está de tanda,
y se prepara á la brega
utilizando con gracia
una de las dos muletas
del cojitranco Berlanga.
Sale á la arena el primero,
de libras y muchas patas,
blusi-blanco, chaquetudo,
y ostentando como armas
una cesta besuguera
mal tejida y astillada.
Aunque oculta la cabeza
y no se le ve la cara,
los que conocen al bicho
afirman que es el Calandria.
El cojo sale á su encuentro
y da al torete una larga;
Perico le hace un recorte

con el que libra á Berlanga,
y Juanito obliga á Diego
á que avance, aunque sin ganas;
alza la pica citando,
y el émulo del Veraguas
da á la atmósfera un rugido
y la dura tierra escarba.
Después embiste al piquero,
y embiste con tal pujanza,
que el caballo y el jinete
pegan sendas costaladas.
Juan García, al ver aquello,
manda que cesen las varas,
toma un par de rehiletes
y los deja en la banasta,
entrando y saliendo limpio
y oyendo por ello palmas.
Y ya tenéis en la suerte
á Pedro Gomez (el Rata),
con su estoque de madera
y su muleta de grana,
que le da un pase de pecho,
sufre dos ó tres coladas,
y á tirarse se dispone
conforme el arte lo manda:
sufre otro acosón, vacila,
y luego, lleno de rabia,
clava hasta la empuñadura

el estoque en la banasta.
El toro mide la tierra
y allí termina la farsa,
según más tarde en su parte
dice un médico de guardia:

“Casa de Socorro... etcétera.
Ha ingresado en esta casa
á las cinco de esta tarde
Donato Gil (el Calandria)
con una herida profunda
que le coge media cara,
y la visión le interesa,
y tiene grave importancia.
La mejilla está deshecha,
dos ó tres muelas le faltan,
y tal sufrir han debido
las oculares membranas,
que el ojo de este muchacho
quedó sin duda en la plaza.”

EL EGOÍSTA

No es muy común este tipo,
niños míos, no lo es:
justicia es que lo declare
por si no lo conocéis.

La infancia y el egoísmo
no casaron nunca bien,
y hasta que se crece en años
no suele el vicio nacer;
mas como tengo un amigo
muy bueno, y éste á su vez
tiene un vástago egoísta
y malo á más no poder,
aquí os pongo su retrato,
seco y duro como él es.

Andrés no tiene un amigo,
pues nadie lo quiere ser
de niño que en este mundo
hace tan triste papel.

Su familia le tolera;

su madre, pobre mujer,
piensa que á llorar nacimos,
y pide á Dios por su Andrés.
Éste, inalterable en todo,
sigue mirando por él,
su conveniencia buscando,
su capricho ó su placer.
Si hay que repartir juguetes,
y sólo son éstos tres,
uno le da á su hermanita,
y con dos se queda él.
Si cuando sale á la calle
barrunta que va á llover,
se apodera del paraguas
y con él se cubre bien,
aunque se calen los huesos
los que salgan á la vez.
¿Va á un palco? En la delantera
siempre donde pueda ver:
que su hermana se fastídie,
ó se marche si no ve.
¿Hay boda, baile ó bautizo?
Pues se atiborra á placer
de dulces, y los engulle
dos á dos y tres á tres.
Para él no es cuenta que en casa
pueda alguna falta haber:
él come, bebe, disfruta,

asiste al teatro, al café;
ronca mientras velan otros,
viste al igual de un marqués,
y ni le importa el mañana,
ni pregunta por ayer.

Vivir al día es su fuerte;
no sufrir su emblema es;
él delante y sobre todos;
él primero y siempre él.

Pobre mendiga, á su paso
saliéndole, dijo ayer:

—¡Una limosna, por Dios,
señorito!

—No hay de qué.

—¡Que este niño tiene frío!

—Pues abríguele usted bien.

—Para comer, señorito...,
que no tengo que comer.

Y él prosiguió su camino
con la misma impavidez,
repitiendo para sí:

—Siento así una pesadez
de estómago... ¿Si será
que me excedí sin querer
con el plato de langosta
ó la ración de biftec?...

LA PARADA

Ya suena por esas calles
el ruido de la charanga
que anuncia que los soldados
van á relevar la guardia.
Fiesta de todos los días,
fiesta bonita y barata,
no es mucho que llame gentes
ansiosas de presenciarla.
Á ella asisten estudiantes
desertores de las aulas;
holgazanes aprendices
que en el taller hacen falta;
extranjeros que averiguan
costumbres de nuestra patria;
cesantes y jubilados
y colilleros, que guardan
residuos de "coraceros"
en sus botes de hojalata.

Hay además otro tipo
que ni es estudiante en nada,
ni en los talleres practica,
ni á las colillas se lanza.
Encarnación de otros tiempos
hasta el nuestro conservada,
complemento necesario
de toda la gente de armas,
allí donde van soldados
junto á los soldados marcha
y conoce á los maëstros
directores de las bandas.
Él nunca pierde ejercicio
de batallón ó brigada,
ni revistas militares,
ni retretas, ni dianas;
siempre en medio de la calle
se encuentra, aunque tenga casa,
y está siempre con la tropa
y á rancho huele y á cuadra;
pero cuando está en su centro
es cuando está en la Parada.
Y hay que oir lo que conversa
con otros de su calaña:
—¿Qué regimiento es el que entra?
—El cuarenta y tres: *Canarias*.
—¿Y el que sale?

—*Zaragoza*.

—Ya dejan de andar.

—Ya callan
las músicas.

—Ahora van
los dos jefes de Parada
á saludarse: ahora suben
los sables.

—Y ahora los bajan
y hablan como si tal cosa.

—¿Qué van á tocar?

—Aguarda,
lo miraré en los papeles.

—¿Qué dicen?

—La *Serenata*.

—Yo prefiero *La Gran Vía*.

—Ya están relevando guardias.

—Y juntan las bayonetas.

—Es que presentan las armas.

.....
Ya ha terminado el relevo,
ya los soldados se marchan.

¿Y los chicos? Pues los chicos
de fijo les acompañan.

Ahora es la guardia saliente
la que á marchar los arrastra
hasta el cuartel del Rosario,
de los Docks ó la Montaña,
y después al ejercicio,

hávalo donde lo haya.
Más tarde, á dormir sin duda;
pero al toque de diana
se levantarán de nuevo
y se irán á la Parada.

EL PATIO DE LOS MICOS

Allá, en repugnante patio
del antiguo Saladero,
podridero de los vivos,
á ruda prisión sujetos,
de diversas procedencias
y por delitos diversos
amontonó la Justicia
centenares de mozuelos.
Cuál de ellos nació entre el crimen,
en el crimen vivió envuelto,
y en sus primeros ensayos
se mostró todo un maëstro;
cuál en la pobreza humilde
pasó sus años primeros
y por la miseria tuvo
miserables pensamientos;
cuál que vivió en el arroyo,
la moral desconociendo,
sufrió de hambre, y por saciarla
convirtió en propio lo ajeno.

Rinconete y Cortadillo
de esta edad y de estos tiempos,
larvas de los Monipodios
y alumnos de Maniferros,
en la libertad vagaron
y en la licencia crecieron,
repartiendo puñaladas
y cosechando pañuelos.
La falta, como el delito,
tuvieron allí aposento,
enseñanza de maldades,
difusión del torpe ejemplo.
La sociedad vió sus vicios,
tembló al sentir sus efectos,
y fué amontonando carne
en aquel local infecto.
Reparación, enseñanza,
cordial arrepentimiento,
puertas que abre generoso
al criminal el progreso,
no se conocieron nunca
en los lugares aquellos.
De vez en cuando algún grito
llamó allí á los carceleros,
y á poco salió un cadáver
desde el patio á un cementerio.
¿Quién fué el matador? Se ignora.
¿Cuál fué el arma? Otro misterio.

Ni se sabe si hubo cómplices,
ni si fué traición ó duelo.
Los que en sus causas lograban
indulto ó sobreseimiento,
bien pronto al patio volvían
y á ver á sus compañeros,
mientras otros lo dejaron
marchando tal vez más lejos,
arrastrando por sus culpas,
como irresistible peso,
el pecado en la conciencia,
esposas siendo solteros,
y un amigo á quien le unían,
haciéndoles ir más lentos,
una cadena de oprobio
y otra cadena de hierro.

Hoy de la cárcel antigua
tan sólo queda el recuerdo,
y en vez de Patio de Micos
hay una cárcel modelo.
Hay más: los legisladores
hace diez ó doce inviernos
un correccional de jóvenes
proyectaron; pero luego,
proyecto de nuestra patria,
al fin se quedó en proyecto.
Pero nada de impacencias;

porque si aun no lo tenemos,
si aun es la cárcel escuela
del vicio y no del ejemplo,
si no pueden redimirse
los que en el vicio cayeron,
tenemos casi á diario
un Senado y un Congreso,
y allí de liberalismo
se hacen discursos soberbios,
á fin de que Juan se quite
para que sé ponga Pedro.

ÍNDICE

	Págs.
Prólogo.....	5
La oración de la mañana.....	9
El cuarto oscuro.....	11
¡Sin hogar!.....	17
Día de novillos.....	23
La niña fisgona.....	29
El niño inoportuno.....	33
Flor de estufa.....	37
La pedrea.....	43
Marica-Antojos.....	47
El <i>tutti li mundi</i>	51
Los titiriteros.....	57
El mentiroso.....	63
Desfile de maestros.....	67
El primer cigarro.....	77
¡Punto!.....	81
El nuevo hermanito.....	85
El marro.....	89
¡Bateo!.....	95
¡Al agua, patos!.....	101
El santo del abuelo.....	105
La escuela del pueblo.....	111
El mimo.....	117
La niña muerta.....	121
La balanza.....	127
Los chicos de la calle.....	131

	<u>Págs.</u>
Hablar por los codos..... ..	135
El niño enfermo..... ..	143
Limosna de juguetes..... ..	149
Justicias y ladrones..... ..	151
¡Sin postre!..... ..	153
Niños precoces..... ..	159
Corrida extraordinaria..... ..	165
El egoísta..... ..	171
La parada..... ..	175
El patio de los micos..... ..	179

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

CHICAGO, ILLINOIS

1902

CHICAGO, ILLINOIS

CHICAGO, ILLINOIS

CHICAGO, ILLINOIS

CHICAGO, ILLINOIS

CHICAGO, ILLINOIS

CHICAGO, ILLINOIS

CHICAGO, ILLINOIS

CHICAGO, ILLINOIS

CHICAGO, ILLINOIS

OTRAS OBRAS DEL MISMO AUTOR

PESETAS

Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX.—Segunda edición.—Un tomo en folio, encuadernado en tela.....	25
Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol.—Segunda edición.....	2
Cuadros de género.....	2
Album infantil.—Segunda edición, encartado.....	1,50
La República de las letras.....	2
Progresos y extravagancias....	2
Monólogos de un aprensivo.....	1
Libro de Madrid y advertencia de forasteros.....	3
Papeles viejos é investigaciones literarias..	2
Caracteres contemporáneos... ..	1

Los pedidos se dirigirán al autor, calle del Duque de Alba, 6 y 8, tercero derecha, Madrid.